



*y apareció el Rey, pálido; inmóvil
como si un rayo le hubiese detenido.*

**EL COLLAR
DE LA REYNA.**

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

por M. R. de Q.

TOMO X.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.

*Es propiedad de la
casa de Martínez de
Aguilar.*

El Collar de la Reyna.

LA PRISION.

No bien asomó Luis XVI por la puerta del gabinete la Reyna se dirigió hácia él diciéndole con una volubilidad extraordinaria.

— Señor, aquí teneis á de M. Rohan que acaba de decirme cosas increíbles; dignaos, pues, rogarle que las repita.

Ante estas palabras inesperadas, ante un apóstrofe tan repentino co-

mo impensado, el Cardenal perdió el color. En efecto; su posición era tan extraña, que acabó por no comprender lo que le sucedía. Por otra parte, ¿cómo era posible al amante presunto, al súbdito respetuoso, declarar al Rey ni al marido los derechos que creía tener sobre la muger y sobre la Reyna?

Peró el Rey le sacó de sus profundas reflexiones, diciéndole:

—Esas cosas increíbles, señor Cardenal, ¿no son referentes á cierta alhaja de brillantes? Hablad, pues, ya os escucho.

El príncipe Luis tomó al punto su partido, decidiéndose á escoger entre dos dificultades la que le pareció menor, y entre dos ataques, el que le parecía mas honroso para la Reyna y para el Rey: su decisión llegó asimismo á procurar salir como un hombre esforzado y como un pundonoroso caballero, en el caso de que se le lanzase impruden-

teniente en el segundo peligro.

— En efecto, señor, contestó al monarca; se trata del collar de diamantes.

— Pero... en resumidas cuentas, ¿fuísteis vos quien compró esa alhaja? preguntó el Rey.

— Señor.....

— ¿Sí ó no?

El Cardenal miró á la Reyna y no respondió palabra.

— ¿Sí ó no? repitió Maria Antonieta: decid la verdad, caballero, la verdad lisa y llana: es cuanto se os pide.

Mr. de Rohan volvió la cabeza y guardó silencio.

— Puesto que el Cardenal se niega á responder, dijo el monarca, responded vos, señora; si no me engaño, algo debéis saber vos tambien de todo esto. Veamos, ¿habeis comprado el collar?

— ¡No! contestó la Reyna con energía.

Mr. de Rohan se estremeció.

—¡Hé ahí una palabra de Reyna! exclamó el monarca con acento solemne: andad con cuidado, señor Cardenal.

El príncipe Luis dejó asomar á sus lábios una sonrisa de desprecio.

—¡Cómo! ¿á nada contestais? prosiguió el Rey.

—¿De qué se me acusa, señor?

—Los joyeros afirman que han vendido un collar á vos ó á la Reyna, y para justificar la venta tienen un recibo de S. M.

—¡Ese recibo es falso! exclamó Maria Antonieta.

—Los joyeros añaden, continuó el monarca, que para en el caso de que la Reyna faltase al compromiso, está este garantizado por vos, señor Cardenal.

—Yo no me niego al pago, señor, repuso el príncipe; cuando S. M. la Reyna ha dicho lo que acaba de decir, será verdad.

Y una segunda mirada mas despreciativa aun que la primera, terminó su frase y su pensamiento.

La Reyna se estremeció al notar aquella mirada, porque si bien el desprecio del Cardenal no podia ser para ella un insulto, puesto que no lo merecia, debia considerarlo como la venganza de un pecho noble, y esta idea la asustó.

— Señor Cardenal, repuso el Rey; en este asunto media una falsificacion que ha comprometido la firma de la Reyna de Francia.

— ¡ No es una sola! exclamó Maria Antonieta; hay ademas, la que puede imputársele á un noble personaje: la falsificacion referente á que los joyeros han recobrado el collar.

— La Reyna es dueña, repuso el prelado con el mismo tono, de atribuirme si gusta las dos falsificaciones: supuesta la una, ¿ qué importa que haya hecho ó no la otra?

Maria Antonieta iba á estallar de indignacion pero se contuvo ante un gesto del Rey, que prosiguió, dirigiéndose al prelado:

—Mirad lo que haceis, señor Cardenal, porque vuestra posicion se agrava por momentos: os he dicho que os justifiqueis, y en vez de intentarlo, mas bien parece que quereis convertirnos en acusador.

El Cardenal reflexionó un instante, y en seguida dijo aparentando sucumbir ante aquella calumnia, que estrechaba tan de cerca á su honor.

—¿Qué me justifique, señor? ¡Es imposible!

—Señor Cardenal, hay quien dice que se le ha robado un collar de diamantes; de consiguiente, al hacer vos la proposicion de pagarlo, es confesar de una manera implícita que sois el culpable.

—¿Y quien lo creerá? repuso el príncipe con soberano desden.

—Entonces, caballero, si suponeis

que no han de creeros autor de ese robo, se atribuirá...

Un estremecimiento de cólera, que alteró el semblante habitualmente dulce del Rey, le impidió terminar la frase.

— Señor, yo no sé nada de lo que se dice, repuso el Cardenal, é ignoro lo que se ha hecho: cuanto puedo afirmar es, que no he tenido en mis manos esa alhaja y que los diamantes se hallan en poder de alguna persona que debería confesarlo así, pero que se niega á ello, obligándome á dirigirle las siguientes palabras de la Escritura: El mal recae sobre la cabeza de aquel que lo cometió.

Al oír estas palabras Maria Antonieta, hizo un ademán de ir á tomar el brazo del Rey, el cual la dijo:

— La cuestión, señora, está entre vos y él: por la vez última os ruego que me digáis si teneis ó no

el collar de diamantes.

—¡No, lo juro por el honor de mi madre y por la vida de mi hijo! exclamó la Reyna.

El Rey, lleno de regocijo con esta declaracion, se volvió al Cardenal, diciéndole:

—En tal caso, caballero, este es un negocio que habrá de terminarse entre la justicia y vos, á menos que no prefirais hacer árbitra de él á mi clemencia.

—La clemencia de los reyes, señor, es sola para los culpables, repuso el Cardenal; prefiero, pues, la justicia de los hombres.

—¡Con que es decir, que no quereis confesar nada?

—Nada tengo que confesar.

—Pero, señor Cardenal, ¡mirad que de esa manera no queda mi honor á cubierto! exclamó la Reyna.

El príncipe Luis no replicó palabra.

—¡Pues bien! ya que os obsti-

nais en callar , prosiguió Maria Antonieta , yo hablaré : ese silencio me mortifica porque revela una generosidad , que ni quiero ni necesito. Sepa V. M., señor, que todo el crimen del Cardenal no estriba en la venta ó en el robo de esa alhaja.

Mr. de Rohan alzó la cabeza , y palideció de una manera visible.

—¿Qué quiere decir eso? preguntó el Rey con inquietud.

—¡Señora!... exclamó el Cardenal, lleno de espanto.

—¡Oh! no hay razon , ni humanas consideraciones , ni temor alguno , que me hagan enmudecer : tengo en el corazon motivos que me impelerian á proclamar mi inocencia aun cuando fuese en las plazas públicas.

—Señora , os suplico... insistió el príncipe.

—¡Ah! ¿temblais ya? ¿con qué es decir que no me habia engañado? ¡con que vuestras intrigas te-

men la luz! Yo no la temo, señor Cardenal! Por lo tanto, continuó dirigiéndose al Rey, dignaos intimar á este caballero que diga en vuestra presencia lo que acaba de decirme hace un momento.

— ¡Señora! ¡señora! exclamó Mr. de Rohan; mirad lo que haceis, porque eso es ya traspasar los límites.

— ¡Cómo! exclamó el Rey con altivo semblante: ¿quién se atreve á hablar así á la Reyna? ¿Supongo, que no habré sido yo?

— No, señor, no, repuso Maria Antonieta; ha sido Mr. de Rohan, el cual se cree con derecho para hablar á la Reyna de ese modo.

— ¡Vos, caballero! exclamó el Rey poniéndose lívido.

— ¡El, ¡sí! dijo la Reyna con ademan despreciativo; él!

— ¿Tiene de eso pruebas el señor Cardenal? dijo el Rey dando un paso hácia el príncipe.

— ¡El señor de Rohan, según dice, tiene cartas! exclamó la Reyna.

— ¡Mostradlas, caballero! insistió el Rey.

— ¡Sí, sí, veamos esas cartas! exclamó arrebatadamente la Reyna; veámoslas!

El Cardenal se llevó la mano á la frente, bañada en un sudor helado, hizo ademán de interrogar á Dios cómo era posible que hubiese hecho una criatura, en la cual cabía tanta perfidia y tanta audacia, y guardó silencio.

— ¡Oh! y no han sido solas las cartas! prosiguió la Reyna animándose poco á poco bajo la influencia de su misma generosidad; ¡el señor Cardenal dice que ha obtenido hasta citas!

— ¡Señora, por piedad! exclamó el Rey.

— ¡Por pudor! dijo el príncipe.

— En una palabra, caballero, repuso la Reyna; si no sois el último

de los hombres, si hay para vos algo de sagrado en este mundo, ya que decis que teneis pruebas, presentadlas.

Mr. de Rohan levantó con lentitud la cabeza, y replicó:

— ¡No, señora, no las tengo!

— ¡Oh! supongo, prosiguió Maria Antonieta que no ireis á añadir un nuevo delito á vuestros crímenes, ni aglomerareis sobre mí oprobio sobre oprobio. Teneis un ausiliar, una cómplice, ó un testigo en todo esto; nombradlo, ó nombradla.

— ¿Quien es? preguntó el Rey.

— Mad. de La Motte, señor; exclamó la Reyna.

— ¡Ah! dijo el Rey, triunfante de ver justificadas sus prevenciones contra la condesa: ¡bien os lo decia yo! pero lo que ahora urge es que veamos á esa muger, y que se la interrogue.

— ¡Ah! ya no es posible! exclamó la Reyna; esa muger ha desapa-

recido. Preguntad al señor Cardenal qué ha sido de ella, puesto que es el único que tenía interés en que no se le formase causa.

—Otros serán los que la habrán hecho desaparecer, replicó el Cardenal, los cuales tenían en ello mucho más interés que yo, y esta será la causa porque no se la encuentra.

—Pero, si sois inocente, dijo la Reyna enfurecida, ayudadnos á encontrar los culpables.

Mas el Cardenal de Rohan después de haber lanzado una mirada, se volvió de espaldas y cruzó los brazos.

—Ofendido el Rey, le dijo entonces: Pasad á la Bastilla.

—El Cardenal se inclinó y repuso en tono firme: ¿Vestido como estoy, con hábitos pontificales y delante de toda la corte? Reflexionad, señor, que el escándalo va á ser inmenso. Lo será tanto más cuanto más grande sea la cabeza sobre que

recaiga.

— Asi lo quiero , contestó el Rey agitado.

— Es un dolor injusto el que de este modo haceis sufrir , señor , á un prelado , y la tortura antes que la acusacion no es legal.

— Es preciso que asi sea, respondió el Rey , abriendo la puerta de la cámara en ademan de llamar á una persona que trasmitiese sus órdenes.

Alli se encontraba Mr. de Breteuil , cuya vista perspicaz habia descubierto al punto en la exaltacion de la Reyna , en la agitacion del Rey y en la actitud del Cardenal , la ruina de un enemigo.

No bien habia acabado el Rey de hablarle en voz baja , cuando usurpando el ministro guarda-sellos las atribuciones del capitan de guardias , exclamó con una voz que resonó hasta en las últimas galerias: Deteneos, señor Cardenal.

Mr. de Rohan se estremeció. Los murmullos que llegaban á sus oídos, la agitacion de los cortesanos y la llegada repentina de los guardias de Corps daban á la escena un aspecto siniestro.

El Cardenal pasó por delante de la Reyna sin saludarla, lo cual hizo hervir la sangre de esta altiva princesa. Se inclinó con humildad delante del Rey, y al pasar cerca de Mr. Breteuil tomó un aire de piedad tan bien combinado que el baron creyó que aun no estaba vengado suficientemente.

Un teniente de guardias se aproximó tímidamente al Cardenal, como si deseara saber de su misma boca la confirmacion de la orden que acababa de recibir.

— Si señor, dijo Mr. de Rohan, sí, yo soy la persona á quien debeis prender.

El Rey añadió entonces en medio del mas profundo silencio: Con-

ducireis al Cardenal á su habitacion, mientras oigo misa, y determino lo que debe hacerse.

El Rey quedó solo en el cuarto de la Reyna con todas las puertas abiertas, mientras que el Cardenal se alejaba por la galeria precedido del teniente de guardias.

— Señora, dijo el Rey con voz ahogada por el furor, bien sabeis que todo esto conduce á un juicio público; es decir, á un escándalo bajo el cual caerá el honor de los culpables.

— Gracias, exclamó la Reyna apretando con efusion las manos del Rey, gracias porque habeis escogido el único medio de justificarme.

— ¡ Me dais gracias !

— Con toda mi alma. Habeis obrado como Rey, y podeis estar seguro de que por mi parte me he portado como Reyna.

— Muy bien, respondió el Rey lleno de júbilo. Venceremos de tan-

tas bajezas, y cuando así vos como yo háyamos conseguido cortar la cabeza de la serpiente, espero que viviremos en paz. Besó á la Reyna en la frente y se retiró á su cuarto.

Al extremo de la galeria Mr. de Rohan encontró á Bæhemer y Bosange casi desmayados y abrazándose para no caer, y á pocos pasos vió á su emisario que asustado interrogaba los ojos de su amo.

—Caballero oficial, dijo el Cardenal al teniente que le conducia, si paso todo el dia aqui voy á ser causa de disgusto para muchas personas. ¿Podré hacer decir en mi casa que estoy preso?

—¡Oh! monseñor, con tal que nadie os vea, respondió el oficial.

El Cardenal le dió gracias, y dirigiendo la palabra en aleman á su emisario, escribió algunas palabras en una hoja de su misal y la arrancó al punto.

Y detras del oficial á quien observaba cuidadosamente para que no le sorprendiese, dobló el papel y le dejó caer.

— Os sigo, dijo al oficial; y con efecto ambos desaparecieron.

El mensajero se arrojó sobre el papel como ave de rapiña sobre la presa, salió de palacio y montando á caballo tomó precipitadamente el camino de París.

El Cardenal pudo verle como corria desde una de las ventanas de la escalera por donde bajaba con el oficial.

— ¡La Reyna me pierde, murmuró el Cardenal; pero yo la salvo! Es por vos, Rey mio, que obró como lo hago, y por vos ¡oh mi Dios, que exigís el perdon de las injurias, perdono á los demas! ¡Perdonadme á mí!

LA SUMARIA.

No bien volvió el Rey á su aposento y firmó la orden de conducir á Mr. de Rohan á la Bastilla, se presentó el conde de Provence, el cual entró en el gabinete haciendo señas á Mr. de Breteuil que este no pudo comprender, á pesar de todo su respeto y buena voluntad.

En la repetición de estas señas no se había propuesto el príncipe

llamar la atencion de Mr. de Breteuil, sino la del Rey que se miraba en un espejo al mismo tiempo que redactaba la órden. En efecto el Rey las notó, y despues de despedir á Mr. de Breteuil, dijo á su hermano:

—¿Qué señales haciais á Mr. de Breteuil?

—¡Oh! señor....

—¿Qué significan estas señas y esa preocupacion?

—Nada, nada....

—¿Sois libre de hablar ó no, hermano? dijo el Rey un tanto alterado.

—Es que acaban de decirme, señor, que han arrestado á Mr. de Rohan.

—¡Y bien! ¿En qué puede causaros semejante agitacion esta noticia? Considerais inocente á Mr. de Rohan, ó creéis he sido injusto castigando al poderoso?

—¿Injusto? No hermano mio. No

habeis sido injusto ni ha sido mi intencion deciros tal cosa.

— Me sorprende en extremo, señor conde de Provence, no deis la razon, contra la Reyna, al hombre que trata de deshonorarla. Vengo del cuarto de esta, hermano mio, y una palabra suya ha bastado...

— ¡Oh señor! No quiera Dios que yo acuse á la Reyna. Sabeis bien que su Magestad..... mi hermana, no tiene amigo mas sincero que yo, que he salido varias veces á su defensa, y dicho sea sin reconvencion, aun contra vos mismo.

— Verdad es, hermano mio, que se la acusa con harta frecuencia.

— Es una desgracia, señor, que interpreteis mal mis palabras... He querido decir que la Reyna no me creeria, si pareciese dudaba yo de su inocencia.

— Entonces celebrareis conmigo la humillacion que he hecho sufrir al Cardenal, el proceso que acer-

ca de esto debe instruirse, y el escándalo que va á poner un dique á todas las calumnias que no osarian contra cualquiera señora de la corte, y de las que todos se hacen intérpretes, porque la Reyna, segun dicen, está al abrigo de estas miserias.

— Si, señor, apruebo la conducta de V. M. y creo que en el asunto del collar es lo mejor.

— Creo hermano que no hay cosa mas sencilla! ¿No se ve en esto á Mr. de Rohan hacer gala de su familiar amistad con la Reyna y concluir en su nombre un contrato de los diamantes que rehusó, dejándose decir que estos diamantes han sido comprados para la Reyna; esto es monstruoso, y como ella decía: ¿que se hubiera creído si hubiera tenido por camarada á Mr. de Rohan, en este tráfico misterioso?

— Señor.....

—Y además, no ignorais, hermano, que la calumnia jamás se detiene en medio de su camino, y que la ligereza de Mr. de Rohan compromete á la Reyna, pero que la relacion de ella, la deshonra.

— ¡Oh! sí, hermano mío, sí, repito que teneis razon sobrada en cuanto al asunto del collar.

— ¡Y bien! contestó el Rey sorprendido, ¿hay acaso todavía otro asunto?

— Pero, señor... la Reyna ha debido deciros...

— ¿Qué ha debido decirme?

— Es imposible, señor, que la Reyna haya dejado de decíroslo.

— ¿Qué es, pues, señor conde, que es?

— Señor.....

— ¡Ah! ¿las faufarronadas de Mr. de Rohan? ¿las reticencias? ¿Esa pretendida correspondencia?

— No, señor, no es eso.

— ¿Qué puede ser entonces? Las

entrevistas que la Reyna ha concedido á Mr. de Rohan para tratar del collar en cuestion.....

—Tampoco, señor.

—Todo lo que sé, dijo el Rey, es que tengo en la Reyna una confianza sin límites, á la qual se ha hecho acreedora por la nobleza de su carácter; que hubiera sido muy fácil á S. M. guardar silencio sobre todo esto, y pagar ó dejar pagar á los otros, ó dejarlos hablar; que la Reyna poniendo coto de una vez á estos misterios que degeneran en escándalos, me ha manifestado que apelaba á mí, antes de hacerlo al público. La Reyna ha apelado á mí, queriéndome confiar el cuidado de vengar su mancillado honor; habiéndome tomado por confesor y por juez la Reyna me lo ha dicho todo.

—Pues bien, replicó el conde de Provence menos embarazado de lo que debia estarlo, porque conocia

que la conviccion del Rey no estaba tan arraigada como debiera, hé aquí que formais el proceso á mi amistad y al respeto que profeso á la Reyna mi hermana. Si procediese contra mí con tanta susceptibilidad, no me quejaria, temiendo siempre, ser considerado como un enemigo ó acusador en lugar de un defensor. Y sin embargo, veis bien en esto que os falta la lógica. La confesion de la Reyna os ha conducido al esclarecimiento de una verdad que la justifica, porque no quereis hagan fluir á vuestra vista otras luces mas claras, y mas propias todavia á poner de manifiesto toda la inocencia de la Reyna.

—¿Pues qué hay?... empezais siempre, dijo el Rey consternado, por unos circunloquios que me confunden.

—Precauciones oratorias, señor, falta de entusiasmo. ¡Ah! perdóname V. M.; consiste en mi educacion

viciosa; nada tengo de Ciceron.

— Hermano mio, Ciceron no titubeaba sino cuando la causa que defendia no era justa; la vuestra lo es, sed esplicito por amor de Dios.

— Me reducireis al silencio si os mofais de mi manera de hablar.

— Vamos, pues, hé aqui el *irritabile genus rhetorum* del que se incomoda, exclamó el Rey, engañado por la marrulleria del conde de Provence. Al hecho, abogado, al hecho! ¿Sabeis algo mas de lo que me ha dicho la Reyna?

— ¡Dios mio! señor, nada y todo. Precisemos de antemano todo lo que os ha dicho la Reyna.

— La Reyna me ha dicho que no poseia el collar.

— Bien.

— Que no habia firmado el recibo de esta alhaja.

— Bueno.

— Me ha asegurado tambien que todo lo que hace referencia al arre-

glo con Mr. de Rohan, es una falsedad inventada por sus enemigos.

—Muy bien, señor.

—En fin, me ha dicho que nunca ha dado á Mr. de Rohan el derecho de considerarse como mas que uno de sus súbditos, ó mas bien como una persona indiferente ó desconocida.

—¡ Ah!... Ha dicho todo esto...

—Y en una entonacion que no admitia réplica, porque el Cardenal nada absolutamente ha contestado.

—Ahora bien, puesto que el Cardenal nada ha contestado, es que confiesa su mentira, y da la razon con su palinodia á otros rumores que circulan acerca de la preferencia que la Reyna concede á otras personas.

—¡ Ah! ¡ qué es esto, Dios mio! dijo el Rey con desaliento.

—Nada que no sea muy absurdo como vais á ver. Desde el instante en que ha sido probado que Mr.

de Rohan no se ha paseado con la Reyna...

— ¡Cómo! exclamó el Rey, se dice que Mr. de Rohan se ha paseado con la Reyna?

— Lo que está bien desmentido por la Reyna misma, señor, y por la palinodia de Mr. de Rohan; pero en fin, desde el momento en que esta falsedad ha sido puesta en claro, comprendereis han debido buscar, porque la maledicencia no se ha satisfecho, cómo era que la Reyna se paseaba de noche en el parque de Versalles.

— ¡Por la noche!... ¡La Reyna!... ¡En el parque de Versalles!...

— Y con quién se paseaba, continuó con frialdad el conde de Provence...

— ¿Con quién?... murmuró el Rey.

— ¡Sin duda alguna!... ¿Consistirá en que hay miradores que no se detienen en lo que hace una Rey-

na; que hay ojos á los cuales no deslumbra la claridad del día, ni el brillo de la magestad, y que no por eso dejan de ver cuando tienen que hacerlo por la noche?

— Pero, hermano mio, tened entendido que estais diciendo muchas infamias.

— Señor, repito, y lo hago con tanta indignacion como pudiera hacerlo V. M., que estoy seguro descubriremos la verdad.

— ¡Cómo, señor! ¡Se habla de los paseos que la Reyna ha dado con su acompañamiento por el parque de Versalles!

— Con acompañamiento no, señor, sino á solas.... ¡Oh! Si se digere lo habia hecho con *acompañamiento* la valdria la pena de que nos molestáramos.

De repente exclamó el Rey: me ibais á probar no hacíais mas que repetir lo que se decia, probadme quién lo dice.

— ¡Oh! fácilmente, con demasiada facilidad, contestó el conde de Provence. Existen cuatro testimonios: el primero es el de mi capitán de monteros, que ha visto á la Reyna dos dias seguidos, ó mejor dos noches consecutivas, salir del parque de Versailles por la puerta de la Louverie. Hé aqui su testimonio legalizado con su firma. Leed.

El Rey tomó temblando el papel, lo leyó y devolvió á su hermano.

— Vereis ahora, otra mas curiosa: es del guarda de noche de Trianon: declara no haber ocurrido novedad en la noche, que solo la ha turbado un tiro disparado por los cazadores furtivos sin duda en los bosques de Satory: que en cuanto á los parques estuvieron tranquilos, escepto el dia en que S. M. la Reyna dió un paseo acompañada de un caballero al cual daba el brazo. Mirad si está esplicita la sumaria.

El Rey titubeó y dejó caer los brazos.

— El tercero, continuó imperturbable el conde de Provence, es el del portero de la puerta del Este, el cual ha visto y reconocido á la Reyna que salia por la puerta de la Louveterie. Explica el trage de la Reyna, segun vereis, diciendo tambien que la distancia le impidió reconocer al caballero, al cual *su Magestad abandonaba*; está escrito, pero que por su trage parecia un oficial. Añade que la presencia de la Reyna no puede ponerse en duda porque S. M. iba acompañada de Mad. de La Motte, su íntima amiga.

— Amiga de la Reyna, exclamó el Rey furioso. ¡Sí! esto dice: ¡amiga de la Reyna!

— No os incomodeis contra este fiel servidor, señor, no es culpable sino de un exceso de celo. Está encargado de guardar y guarda; su deber es velar y vela.

— El último , continuó el conde de Provence , me parece el mas esplícito de todos. Es del maestro cerrajero encargado de reconocer si todas las puertas están cerradas despues del toque de oraciones. Este hombre, V. M. le conoce, certifica haber visto á la Reyna entrar con un caballero en los baños de Apolo.

El Rey pálido y sofocando su resentimiento , arrancó el papel de las manos del conde y lo leyó.

M. de Provence continuó sin embargo su lectura.

— Verdad es que Mad. de La Motte permaneció fuera á unos veinte pasos, y que la Reyna no estuvo sino cerca de una hora en el salon.

— ¿ Pero , cómo se llama ese gentil-hombre ? exclamó el Rey.

— Señor , no se encuentra el nombre en este relato , y por esto es necesario que V. M. se moleste en recorrer este último certificado , que

es de un guarda de flores que estaba oculto detrás de la tapia que circula los baños de Apolo.

—Dado á la mañana siguiente, dijo el Rey.

—Si, señor, y que dice haber visto salir á la Reyna del parque por la puerta pequeña, y mirar por fuera, dando el brazo á Mr. de Charny.

— ¡ A Mr. de Charny!.... gritó el Rey medio loco de cólera y venganza; bien.... bien..... Esperadme aqui, conde, vamos á saber al fin la verdad.

Y el Rey se lanzó fuera de su gabinete.

ULTIMA ACUSACION.

En cuanto el Rey salió del gabinete de la Reyna, esta corrió á la pieza del tocador desde donde habia podido oír todo lo que acababa de pasar.

Abrió la puerta, y volvió á cerrar la de su gabinete; despues dejándose caer en un sillón como quien se encuentra demasiado débil para sostener semejantes choques, es-

peró silenciosa á que manifestase su parecer Mr. de Charny que para ella era el juez mas terrible.

Pero no tuvo que aguardar mucho tiempo, porque saliendo del tocador Mr. de Charny pálido y descompuesto, la dijo:

—Señora, ya veis que no hay medio de que seamos amigos. Si tal no fuese mi conviccion, por mas que deba lastimaros, lo será la del público: con el escándalo que acaba de darse no hay tranquilidad para mí ni trégua para vos. Los enemigos que despues de la herida que acabais de recibir estarán mas encarnizados, caerán sobre vos para beber vuestra sangre como hacen las moscas con los rebezos de Africa.

—Observo, dijo la Reyna, que buscáis el medio de espresar vuestra opinion con lisura y franqueza y que no acertáis.

—Creo no haber dado nunca el menor motivo para que V. M. dude

de mi franqueza , replicó Charny. Si en alguna ocasion me he espresado con rudeza , ruego á V. M. que me perdone.

—Entonces, dijo la Reyna, poseida de la mayor emocion, lo que acabo de hacer, este ruido, esta agresion peligrosa contra uno de los mas grandes señores del reino, mi hostilidad declarada con la Iglesia, mi fama espuesta á las pasiones de los parlamentos, todo esto junto no os basta. No hablo de la confianza del Rey, porque esto será para vos de poca monta. ¿No es verdad?... ¡El Rey! es por último... un esposo... Y al decir esto la Reyna sonreia por efecto de una amargura tan dolorosa que los ojos se le arrasaron de lágrimas.

—¡Oh! exclamó Charny, sois la mas noble y generosa de todas las mugeres. Si no os respondo inmediatamente como el corazon me lo dicta, es porque me considero tan pe-

queño que no me atrevo á profanar ese corazon sublime pidiendo un lugar en él.

—¿ Me creéis culpable ?

—Señora.

—¿ Dais crédito á las palabras del Cardenal ?

—Señora.

—Exijo de vos que me manifesteis la impresion que os ha causado la actitud de Mr. de Rohan.

—Os lo diré , señora , francamente. Mr. de Rohan no ha sido un insensato, segun se lo habeis echado en cara , ni un hombre débil , como pudiera suponerse , sino un hombre que os amaba y ama , y que en la actualidad es víctima de un error que le conducirá á su ruina y á V. M.

—¿ A mí ?

—A V. M. señora , al desnonor sin remedio.

—¿ Dios mio !

—Delante de mí se levanta un

espectro amenazador y terrible en la persona de esa odiosa muger, Mad. de La Motte que ha desaparecido, cuando su declaracion podria devolvernos á todos el reposo, el honor y la seguridad que nos faltan. Esta muger es el genio del mal, la plaga del trono; esta muger á quien tan imprudente habeis hecho partícipe de vuestros secretos, y tal vez de vuestra intimidad.

—Mis secretos, mi intimidad. por caridad, Charny; exclamó la Reyna.

—El Cardenal os ha dicho, señora, sin rodeos, y lo ha justificado que habeis concertado con él el collar.

—¡ Ah! volveis al mismo tema, repuso la Reyna enojada.

—Perdonad, perdonad. Ya veis que mi corazon es mucho menos generoso que el vuestro, y que soy indigno de la confianza que me haceis al descubrirme vuestro pensa-

miento. Por mas que procuro templar, veo que irrito.

—Sea en buen hora, dijo la Reyna, con una altivez mezclada de cólera. Pero sabed que lo que el Rey cree, bien pueden creerlo los demás, y que no seré mas tolerante con mis amigos que con mi esposo. Me parece que á un hombre nó debe gustarle el ver á una muger cuando no la estima. Esto no se aplica á vos, añadió con viveza, porque yo no soy una muger sino una Reyua, y vos no sois para mí un hombre sino un juez.

Charny se inclinó tan profundamente que la Reyna debió quedar satisfecha de la reparacion que le ofrecia la humildad de este vasallo fiel.

—Os habia aconsejado, continuó la Reyna, que permaneciéseis en vuestras posesiones, y creo que el consejo |era prudente. Lejos de la corte de la cual os separan vuestras

costumbres, vuestra rectitud y aun vuestra inesperienza (permitidme que os hable con franqueza); lejos de la corte, hubiérais podido juzgar mejor á los personajes que representan un papel en este teatro. Es necesario, señor de Charny, conservar la ilusion de la óptica, y guardar la fiereza para las gentes del pueblo. Mi carácter demasiado condescendiente me habrá tal vez hecho olvidar que debia, aun entre las gentes que me aman, conservar el prestigio deslumbrador del trono. ¡ Ah señor de Charny! la aureola que rodea la frente de las Reynas, ¿ las dispensa de la castidad, de la dulzura, del ingenio y sobre todo de ser sensibles? Una Reyna domina, y para nada necesita ser amada.

—No puedo, señora, respondió dominado por la emocion, espresaros cuanto siento vuestra severidad. Tal vez me haya olvidado de que sois mi Reyna; pero jamás he desconocido

que sois la primera de las mugeres dignas de mi respeto y de...

—No concluyais..... os lo repito: una ausencia os vendrá bien; se me figura que vuestro nombre ha de sonar al fin en este negocio.

—Imposible, señora.

—¡Imposible decís! Pensad en el poder de los que desde hace seis meses están atacando mi reputacion y mi vida. ¿No deciais que el Cardenal es víctima de un error. Los que tales errores causan, señor conde, ¿tendrán bastante poder para haceros ver que sois un vasallo desleal del Rey y un mal amigo mio? A los que tan fácilmente inventan la falsedad, no les costará mucho trabajo descubrir la verdad. No perdais tiempo; el peligro es grave; retiraos á vuestras posesiones; evitad el escándalo que va á producir la causa que se formará contra mí: no quiero arrastraros en mi desgracia, ni que perdais vuestra carrera. Yo

que tengo en mi favor la inocencia y la fuerza; que no llevo ninguna mancha; que estoy resuelta á dejarme abrir, si necesario fuera, el pecho para que mis enemigos vean la pureza de mi corazon; yo resistiré. Para vos habria ruina, difamacion y tal vez la prision. Recoged vuestro dinero tan lealmente ofrecido, y llevad la confianza que ninguno de vuestros movimientos generosos se me ha escapado, que ninguna de vuestras dudas me ha herido; que ninguno de vuestros sufrimientos me ha sido indiferente: marchad os repito; y buscad en otra parte lo que la Reyna de Francia no puede daros: la fé, la esperanza y la felicidad. Hasta tanto que en París se sepa la prision del Cardenal, que el parlamento esté reunido, y comience la causa, quedan unos quince dias. Marchad; vuestro tio tiene dos buques dispuestos en Cherburgo y Nantes; escoged, pero alejaos de mí. Yo cau-

so vuestra desgracia, y así... alejaos de mí. Solo una cosa me interesaba en este mundo y como me falta, lo demás me es indiferente.

En cuanto la Reyna pronunció estas palabras se levantó precipitadamente como para dar á Charny la despedida con que terminaba las audiencias.

Charny se aproximó á la Reyna precipitadamente, pero en actitud respetuosa.

— V. M., dijo Mr. de Charny con voz bastante alterada, acaba de indicarme mi deber. No es en mis posesiones, no es fuera de la Francia donde está el peligro; este existe en Versalles donde se sospecha de V. M., y en París donde se os va á juzgar. Importa mucho por lo tanto que toda sospecha se disipe, y que toda decisión judicial sea una justificación; y como no encontrareis un testigo mas leal, ni defensor mas resuelto que yo, no debo abando-

naros, y me quedo. Los que sepan todos los sucesos que han dado margen á esos rumores los manifestarán. Pero nosotros al menos tendremos la satisfaccion inestimable para toda persona, de ver frente á frente á nuestros enemigos. Que tiemblen, señora, ante la imponente magestad de una Reyna inocente; ante el valor de un hombre que es mejor que ellos. Sí, me quedo, y creame V. M., no hay necesidad de que oculte por mas tiempo sus verdaderos sentimientos; V. M. está íntimamente convencida de que no huiré, de que nada temo; sabe tambien que para volver á verme no necesita desterrarme. ¡Oh señora! desde lejos se entienden los corazones, desde lejos las sensaciones son aun mas ardientes que de cerca. Quereis que parta por vos, y no por mí; pero nada temais; aunque estaré presente para vuestra defensa; no lo estaré para ofenderos ni perjudicaros;

no olvideis que no me habeis visto una sola vez en el espacio de ocho dias que he habitado á muy pocos pasos de vuestra morada, espiando cada una de vuestras acciones, contando vuestros menores movimientos, viviendo en fin de vuestra propia vida, ahora bien; estoy resuelto á que esto vuelva á suceder, porque no me es posible ejecutar lo que proponeis, no puedo partir. Por lo demas ¡qué os importa mi presencia! ¿Es acaso que pensaríais en mí?

La Reyna hizo movimiento al oír estas palabras y se separó un poco de Charny.

—Cómo! os quejareis por ventura, dijo en seguida, pero..... no! me habeis comprendido perfectamente, y desearia que diéseis siempre á mis palabras su verdadero sentido; no soy una coqueta, caballero Charny, digo siempre lo que pienso, y pienso en lo que he dicho;

he aquí el privilegio de una verdadera Reyna.

—Un dia os escogí entre todos los demás. No sé porqué se inclinaba mi corazon hácia vos. Tenia necesidad de una amistad sincera y pura, y os la manifesté desde luego, pero no sucede hoy lo mismo; no pienso ahora en lo que antes pensaba. Vuestra alma no es hermana de la mia. Os lo digo francamente; debemos separarnos.

—Muy bien, contestó Charny, pero nunca, jamás he creído que me hubiéseis elejido..... ¡Ah señora! no puedo soportar la cruel idea de una separacion; me atormentan demasiado los celos, no puedo sufrir que me arrebatéis vuestro corazon, es mio, me lo habeis dado y no lo perderé sino con la vida. Sed muger, sed buena y no abuseis de mi debilidad; constantemente habeis reprobado mis dudas; y quereis ahora que me aleje, cuando tan críticas y notables

son las circunstancias que nos rodean.

—Corazon de niño, corazon de muger, replicó la Reyna ¿quereis á todo trance que cuente con vos? ¡escelentes defensores somos el uno para el otro! Vos sois demasiado débil, y yo no soy mucho mas fuerte.

—No os amaria como os amo, murmuró temblando Charny, si no fueseis lo que sois.

—Pues, que, dijo Maria Antonietta con acento vivo y apasionado; esta Reyna despreciada, esta Reyna perdida, esta Reyna á quien el Parlamento va á juzgar muy pronto, que la opinion pública condenaria que un marido, su Rey, la arrojára tal vez de su lado. Esta muger, ¡encuentra un corazon que sinceramente la ame!

—Sí, encuentra y encontrará siempre un servidor que la tiene la mayor veneracion, y que le ofrece toda la sangre de su corazon, en cam-

bio de una lágrima vertida por esa muger.

—Esta muger, exclamó la Reyna, es benigna pero orgullosa; es la primera de las mugeres, la mas feliz de todas; sí, muy feliz, caballero Charny, y no sé cómo esta muger ha podido quejarse, perdonadla.

Charny cayó á los pies de María Antonieta y los cubrió de besos, en un transporte de respetuoso amor.

En este momento se abrió violentamente la puerta del corredor secreto, y apareció el Rey, pálido, inmóvil como si un rayo le hubiese detenido en su marcha.

Acababa de sorprender á los pies de Maria Antonieta, al hombre acusado por el conde de Provence.

PETICION MATRIMONIAL.

La Reyna y Charny cambiaron una mirada de espanto que en aquel momento hubiera infundido piedad en el corazon de su mas encarnizado enemigo.

Charny levantándose lentamente saludó al Rey con el mas profundo respeto.

El corazon de Luis XVI latia con tal violencia y precipitacion,

que se notaba su movimiento en los encages de las vueltas de su cascaca.

—Ah! dijo el Rey con sordo acento..... Mr. de Charny!

El conde no contestó sino con un nuevo saludo aun mas respetuoso.

La Reyna conoció se le anudaban las palabras y que se desvanecía su cabeza.

El Rey continuó:

—Mr. de Charny, dijo con calma increíble, es poco honroso para un caballero ser sorprendido en flagrante delito de robo.

—De robo! murmuró Charny.

—De robo! repitió la Reyna, que creia estar continuamente oyendo las horribles acusaciones referentes al collar, y que supuso que el conde habia sido acusado como ella.

—Si, prosiguió el Rey, arrodillarse delante de la muger de otro, es un robo: y cuando esta muger,

es una Reyna, se llama esto crimen de lesa magestad. Ya os haré repetir esto, Mr. de Charney, por mi guarda sellos.

El conde quiso hablar para demostrar su inocencia; pero impacientada la generosidad de la Reyna, no pudo sufrir se acusase así al hombre que amaba, y acudiendo en su ayuda dijo al Rey con viveza:

—Señor, os advierto que las suposiciones y prevenciones desfavorables que abrigais son falsas; veo que el respeto encadena la lengua del conde, pero ya que conozco sus intenciones y veo el fondo de su corazón, no dejaré que le acusen sin defenderle.

Al terminar estas frases se detuvo fatigada por la emoción, y espantada de la falsedad que se veía en la necesidad de improvisar, y cortada en fin porque no podía dar con ella.

En esta perplejidad, que tan

odiosa parecía á Maria Antonieta , espíritu verdaderamente régio por su arrogancia , era donde estribaba la salud de la muger : porque esos horribles lauces en que se juegan la vida y el honor de la persona que ha sido sorprendida , son de naturaleza que un minuto que se gane basta para salvar á ambos , asi como un segundo perdido basta tambien para perderlos.

La Reyna , pues , aprovechando por instinto únicamente la ocasion que le ofrecia aquel corto intervalo , logró contener algo las sospechas del monarca , perturbar su espíritu , y fortalecer el del conde. Estos minutos decisivos tienen unas alas rápidas sobre las cuales suele ser conducida tan lejos la conviccion de un celoso , que casi no la vuelve á encontrar á menos que el demonio protector de los envidiosos de amor no la traiga sobre las suyas.

—¿ Por ventura pretenderiais hacerme creer , respondió el monarca, descendiendo del papel del Rey al de marido inquieto , que no se hallaba Mr. de Charny arrodillado á vuestros pies , hace un instante ? Y para que se hallara en semejante postura sin ser alzado del suelo , preciso es...

— Preciso es , caballero , repuso Maria Antonieta con severidad , que un súbdito de la Reyna de Francia tenga alguna gracia que solicitar de ella !... Paréceme , señor , que los casos de esta naturaleza son bastante frecuentes en la corte.

— Decís , señora , que os pedia una gracia ! exclamó el Rey.

— Y una gracia , que no está en mi mano el concederle , prosiguió la Reyna : á no ser por esto , ni Mr. de Charny hubiera insistido tanto , ni yo hubiera dado lugar á que permaneciese tan largo rato á mis pies , porque os juro que lo hubiera alza-

do bien pronto del suelo, gozosa de conceder una gracia á un hidalgo á quien profeso particular estimacion.

Charny respiró. La mirada del Rey era en aquel instante de una espresion indecisa, y su frente iba desarmándose poco á poco del insólito ademan amenazador, que la sorpresa habia puesto en ella.

Durante este tiempo, Maria Antonieta buscaba con la rabia que producía en ella el verse obligada á mentir, y con el dolor de no poder encontrar un pretesto bastante verosímil.

Al confesarse sin poder para conceder al conde la gracia que solicitaba, habia creído que lograría encadenar la curiosidad del Rey y que el interrogatorio no pasaría mas adelante; pero se equivocaba: cualquiera otra muger en su caso hubiera sido mas hábil, haciendo alarde de menos sequedad; mas para ella

era un suplicio atroz el verse obligada á mentir ante el hombre á quien amaba , porque el mostrarse bajo el miserable y falso punto de vista de la supercheria cómica , era poner el sello á todas aquellas falsedades , á todos aquellos embustes y mapejos de intriga referentes á la aventura del parque, por medio de un desenlace consecuente con su infamia ; era confesarse culpada en cierto modo ; era, en fin , peor que la muerte.

La Reyna por tanto , vaciló aun , y hubiera dado su vida de buena gana por que hubiera sido Mr. de Charney , quien hubiese hallado la mentira : pero al jóven hidalgo se lo impedía tambien su reconocida lealtad , y ni aun pensó en ello siquiera , temiendo , merced á su delicadeza extraordinaria , hasta el aparentar que se hallaba dispuesto á defender el honor de la Reyna.

Todo esto , que nosotros referi-

mos en muchas líneas, apesar de lo fecundo de la situacion, no necesitaron los tres actores para sentirlo y espresarlo arriba de medio minuto.

Maria Antonieta esperaba, suspendida de los labios del Rey, la pregunta que al fin salió de la boca del monarca.

—Veamos, señora, repuso Luis XVI, ¿qué gracia es esa solicitada en vano por Mr. de Charny, y qué le ha impelido á arrodillarse á vuestros pies?

En seguida, y queriendo tal vez dulcificar algun tanto la dureza de aquella pregunta sospechosa, añadió:

—Quizás seré yo mas feliz, y el señor conde no tendrá que arrodillarse en mi presencia.

—Ya os he dicho, que Mr. de Charny pide una cosa imposible.

—Pero ¿qué cosa es esa?

—¿Qué es lo que puede pedirse de rodillas? se preguntaba la Rey-

na interiormente: ¿qué le diré yo, que imploraba de mí y que me era imposible otorgarle? Busquemos! busquemos!

—Espero la respuesta, señora; insistió el Rey.

—Es que..... es que habeis de saber, señor, que lo que Mr. de Charney pide, es un secreto de familia.

—Para el Rey no hay secretos; el Rey es amo y señor en su monarquía y padre de familias, interesado en la honra y seguridad de todos sus súbditos, que son sus hijos, aun cuando estos sean tan desnaturalizados, añadió Luis XVI con una dignidad temible, que ataquen el honor y la seguridad de su padre.

La Reyna no pudo menos de estremecerse ante el peligro de esta última amenaza, y exclamó con el espíritu conturbado y la voz trémula:

—Lo que el caballero de Char-

ny queria que yo le otorgara era...

— ¿Qué, señora?

— Un permiso para casarse.

— ¿De veras? exclamó el Rey, tranquilizándose por el pronto. Luego, volviendo á recaer en su celosa inquietud, añadió sin reparar en el doloroso esfuerzo que habia costado á la pobre muger el pronunciar las anteriores palabras, ni en la palidez que habia ocasionado á Charny el sufrimiento de la Reyna:

— Pero, bien mirado, ¿porqué es imposible que se case Mr. de Charny? ¿No es todo un bizarro y gentil caballero? Para impedirle entrar en el seno de una familia, ó para que una muger rehuse el amarle, preciso es que esta sea casada, ó una princesa de la casa real; no veo mas que estas dos razones, que imposibiliten el matrimonio del señor conde: asi, señora, dignaos decirme el nombre de esa muger con quien quiere casarse Mr. de Charny, y como no se

halle en ninguno de los dos casos citados, os respondo que allanaré todas las dificultades...., por complacerlos.

La Reyna impelida por el peligro que iba haciéndose cada vez mas grave, y arrastrada por las consecuencias de la mentira primera, replicó con energía:

—No, señor, no; hay dificultades, que tampoco está en nuestra mano el vencerlas, y la presente es de ese género.

—Razon demas para que yo sepa qué cosa hay imposible para el Rey, interrumpió el monarca con sorda cólera.

Charny miró á esta sazón á María Antonieta, y al verla próxima á desfallecer, faltó poco para que se acercara hácia ella; detúvole empero la inmovilidad del monarca, haciéndole reflexionar, que en virtud de cual derecho podia él, que no era nada para la Reyna, ofrecer su ma-

no ó su apoyo á la que su esposo y su Rey abandonaba.

— ¡Cuál es, Dios mio, el poder, se preguntaba la Reyna entre tanto, contra el cual sea insuficiente la accion del monarca? ¡Válgame Dios! Todavía una nueva idea, un nuevo recurso que buscar!

De repente cruzó por su imaginacion un pensamiento feliz.

— ¡Ah! exclamó entonces en voz baja; Dios mismo sin duda es quien me envía este socorro, y como los ausilios que vienen de tan alto origen no pueden ser contrastados ni aun por el Rey, voy á aprovecharlo.

Y alzando la cabeza hácia Luis XVI le dijo con acento firme:

— La muger con quien Mr. de Charney quiere casarse, se halla en un convento.

— ¡Ah! exclamó el Rey, esa ya es una razon de bastante monta, porque en efecto es difícil quitar á Dios sus bienes para dárselos á los

hombres. Pero no deja de ser extraño, que Mr. de Charny haya concebido esos amores tan repentinos, de los cuales nadie me ha hablado hasta ahora, ni aun su mismo tío, el cual sabe que no hay nada que yo pueda negarle. Veamos, caballero, veamos, ¿cómo se llama la mujer á quien amais?

La Reyna sintió un punzante dolor al oír esta pregunta, porque se le figuraba que iba á oír un nombre pronunciado por la boca de Oliverio, el cual debia ser la tortura de esta mentira; y ¿quién sabe si Charny no iba á revelar, bien un nombre amado en otro tiempo, recuerdo fresco aun de lo pasado, ó bien otro, germen de amor y esperanza vaga de lo porvenir? Para no recibir, pues, este golpe terrible, Maria Antonieta se anticipó al jóven, exclamando vivamente:

—Oh, señor, la persona cuya mano pide Mr. de Charny, la conoceis

mucho : es..... la señorita Andrea de Taverney.

Charny dejó escapar una exclamacion , y ocultó su semblante entre las manos.

La Reyna apoyó una de las suyas sobre el corazon , y fué á sentarse casi desmayada.

— ¡ Cómo ! exclamó Luis XVI ; ¿ con qué es la señorita de Taverney , aquella Andrea que se retiró á San Dionisio , la persona á quien ama Mr. de Charny ?

— Si señor , repuso con voz débil la Reyna.

— Pero , si no me engaño , la señorita de Taverney no ha pronunciado todavia sus votos.

— Ciertó que no , pero está en vísperas de profesar.

— Ya le podremos alguna condicion , que se lo impida ; aunque bien mirado , añadió el Rey con un resto de desconfianza ; ¿ qué es lo que puede haberla impelido á pronunciar

semejantes votos ?

— Andrea es pobre , dijo María Antonieta : vos no habeis cuidado de enriquecer mas que á su padre , prosiguió la Reyna con acritud.

— Con efecto , esa es una falta , que yo repararé , si M. de Charny la ama.

La Reyna se estremeció y lanzó al jóven una mirada de avidez como para suplicarle que negase.

Charny miró fijamente á Maria Antonieta , y no respondió palabra.

— Bien está , dijo el Rey interpretando este silencio por un asentimiento respetuoso ; supongo que la señorita de Taverney amará tambien á Mr. de Charny. En ese caso yo la dotaré , dándole las 500,000 libras que rehusé dias pasados para vos á Mr. de Calonne. — Dad , pues , las gracias á la Reyna , caballero Charny , puesto que ha tenido á bien enterarme de este asunto , asegurando asi vuestra felicidad.

Charny dió un paso hácia ade-

lante y se inclinó como una pálida estatua, á la que Dios hubiese concedido un momento de vida por medio de un milagro.

— ¡ Oh ! Esto bien merece la pena de que volvais á arrodillaros otra vez , le dijo el monarca con aquella lijera entonacion de chanzoneta vulgar , que modificaba frecuentes veces en Luis XVI la nobleza tradicional de sus antepasados.

La Reyna se estremeció , y tendió con un movimiento espontáneo sus dos manos al jóven , el cual , arrodillándose ante ella , imprimió en las manos que le alargaban , un beso , suplicando á Dios que le permitiese exhalar al mismo tiempo su alma.

— Ahora , caballero , dejemos á cargo de la Reyna el cuidado de vuestros negocios , y venid conmigo.

Y diciendo esto el Rey , echó á andar delante con tal rapidez , que Charny pudo volverse desde el dintel de la mampara , y ver el ine-

fable dolor del adios eterno que le enviaban los ojos de Maria Antonieta.

Despues de lo cual , se cerró aquella puerta , que en lo sucesivo debia ser una barrera impenetrable para inocentes amores.

SAN DIONISIO.

La Reyna quedó sola y desesperada. Veíase herida á la vez por tantos golpes simultáneos, que ya ignoraba cuál de ellos la causaba el dolor mas vivo.

Despues de permanecer una hora en este estado de duda y abatimiento, reflexionó al fin que era tiempo ya de buscar una salida, porque el peligro iba arreciando. El Rey, or-

gulloso de una victoria alcanzada sobre las apariencias era de presumir que se apresuraria á esparcir la noticia de ella, y podia acontecer muy bien que estos rumores fuesen acogidos fuera de palacio de un modo que inutilizase los beneficios que habia reportado el fraude.

Y sin embargo, ¡cuanta reconvenccion no se dirigia la Reyna por haberlo consentido! ¡de que buena gana hubiera recogido la esposa de Luis XVI la palabra que se le escapó en un momento de sobresalto! ¡cuánto hubiera dado en aquel instante por poder quitar á Andrea misma la felicidad quimérica, que quizás seria rehusada por la jóven!

Efectivamente: esta era una nueva dificultad. El nombre de Andrea habia bastado para salvarlo todo delante del Rey. Pero, ¿quien podria salir garante de aquel espíritu caprichoso, independiente y voluntario que llevaba por nombre An-

drea de Taverney? ¿Quién podría responder de que esta altiva jóven enagenaria su libertad y su porvenir en provecho de una Reyna, de la cual se habia separado enemistada pocos dias antes?

Y si tal sucedia, ¿cómo salir de este nuevo conflicto? Si Andrea rehusaba el matrimonio con el Conde lo cual era verosímil, todo el andamio erigido por la mentira se venia abajo; la Reyna quedaba por una intrigante de mediana capacidad; Charny por un pobre Ligisteo y por un mentiroso; y la calumnia, convertida en acusacion; no podria menos de adquirir las proporciones de un adulterio incontestable.

La razon de María Antonieta se perturbaba con estas reflexiones, ante la posibilidad de las cuales estuvo á punto de sucumbir, decidiéndose, empero, á esperar: ocultó su abrasada cabeza entre las manos.

¿En quien fiaré? quien era á

aquella sazon amiga de la Reyna ?
¿Mad. de Lamballe, cuyo espíritu era la razon pura, fria, é inflexible?
¡Oh! ¿Para qué tentar aquella virginal imaginacion, que, bien mirado, no querrian comprender tampoco las damas de honor; serviles adulatoras en la prosperidad que tiemblan al menor soplo de la desgracia, y las cuales se hallaban dispuestas tal vez á dar á la Reyna una leccion, cuando esta necesitase su auxilio?

No le quedaba, pues, otro recurso que la señorita Andrea de Taverney, la cual era un corazon de diamante, cuyas puntas podian cortar el vidrio, pero cuya solidez invencible y cuya profunda pureza eran tambien las únicas que podian simpatizar con los grandes dolores de una Reyna.

María Antonieta, resolvió ir á buscar á Andrea, á esponerle su desgracia, y á suplicarle que se inmolase en su obsequio. Sin duda al-

guna que Andrea rehusaria porque no era de aquellas que se dejan imponer fácilmente; la Reyna no obstante abrigaba la confianza de que sus súplicas lograrían ablandarla poco á poco, y obligarla en fin á que consintiese. Por otra parte, ¿quien sabe si se obtendria algun plazo, y si pasado el primer ímpetu, el Rey, apaciguado por el consentimiento aparente de los dos novios, no conclairia por olvidar?... En tal caso un viage lo arreglaria todo, y alejados Andrea y Charny por algun tiempo hasta tanto que la hidra de la calumnia no tuviese ya hambre, podrian decir despues que habian convenido recíprocamente y de una manera amistosa en libertarse de sus respectivos compromisos, y nadie adivinaria entonces que este proyecto matrimonial no habia sido mas que un juego.

De este modo la libertad de la señorita de Taverney no quedaria

comprometida, ni Charny se veria en la precision de perder la suya tampoco. Además, la Reyna no tendria el atroz remordimiento de haber sacrificado dos existencias al egoismo de su honor, que comprendia tambien el de sus hijos, y el cual podria transmitirlo puro y sin mancha á la futura Reyna de Francia.

Tales eran sus reflexiones: asi es como creyó María Antonieta conciliar de antemano conveniencias é intereses privados. A presencia de un peligro tan horrible, preciso era razonar con esta firmeza de lógica; preciso era tambien armarse de pies á cabeza para combatir contra un adversario tan fuerte como la señorita de Taverney cuando esta escuchaba los impulsos de su orgullo y no los de su corazon.

Así que María Antonieta se consideró bien preparada para el ataque, se decidió á partir. De buen grado hubiera querido prevenir á

Oliverio para que no diese ningun paso comprometido; detúvose empero ante la idea de que regularmente estaria acechada por espías, y ante la de que cuanto hiciese en semejantes momentos seria mal interpretado: por otra parte, constábanle de una manera evidente el buen sentido, la abnegacion y la resolucion de Charny, y estaba convencida de que este ratificaria todo cuanto ella juzgase á propósito hacer.

Llegaron las tres de la tarde; la comida con toda la etiqueta de corte, las presentaciones y las visitas; la Reyna recibió á todo el mundo con semblante sereno y una afabilidad que no eran contrarios á su habitual orgullo, afectando mostrar al mismo tiempo con aquellos que creia sus enemigos una firmeza que de ordinario no suelea manifestar los culpables.

Nunca habia sido tan grande como aquel dia la afluencia de perso-

nas en la corte, y jamás tampoco habia investigado mas profundamente la curiosidad general las facciones de una Reyna en peligro. María Antonieta hizo frente á todo: aterrizó á sus adversarios, llenó de placer á sus amigos, convirtió á los indiferentes celosos en entusiastas, y se presentó tan hermosa y tan grande, que el Rey la felicitó por ello en público.

Despues de terminado todo esto, deponiendo sus sonrisas de mando, restituida á sus recuerdos, ó sea penas, y sola, enteramente sola en el mundo, cambió de trage. Se puso un sombrero oscuro con cintas y flores azules y un vestido de seda, subió en su carruaje, y sin escolta alguna, acompañada tan solo de una de sus damas, se hizo conducir á San Dionisio.

Cuando llegó al convento, era la hora en que las religiosas, restituidas á sus celdas, pasaban del

ruido modesto del refectorio al silencio de las meditaciones que preceden al toque de oraciones.

La Reyna hizo llamar al locutorio á la señorita Andrea de Taverney.

Hallábase esta arrodillada y envuelta en su peinador de lana blanca, mirando por su ventana cómo iba elevándose la luna á través de los grandes tilos, y en la poesía del principio de la noche hallaba el tema de todas las plegarias fervientes y apasionadas que dirigia al Altísimo para consolar su alma.

La infeliz jóven bebia á grandes tragos el dolor irremediable de la ausencia voluntaria, suplicio conocido solo de las almas fuertes, y que es á la vez un placer y una tortura, pareciéndose en las angustias que proporciona á todos los dolores, vulgares, y convirtiéndose en una infame consolacion para aquellos seres privilegiados que saben inmolar

la felicidad al orgullo.

Andrea habia abandonado de su propia voluntad la corte, rompiendo tambien de su propia voluntad cuantos vínculos ligaban á su honor. Orgullosa como Cleopatra, no le habia sido posible soportar la idea de que Mr. de Charny hubiese pensado en amar á otra muger, aun cuando esta fuese la misma Reyna.

Ninguna prueba habia podido obtener de aquel amor ardiente que el jóven sentia hácia otra, y ciertamente que la celosa Andrea de Taverney hubiera sacado de esta prueba toda la conviccion que puede hacer sangrar á un corazon enamorado; pero ¿no habia visto á Charny pasar á su lado con la mayor indiferencia? ¿no habia sospechado ya que la Reyna consideraba inocentemente sin duda, pero con deleite, los homenages y la preferencia de Charny?

¿A qué, pues, permener des-

de entonces en Versalles por mas tiempo? ¿para obtener de vez en cuando el ofrecimiento de un brazo en paseo, ó un apretón de manos, siempre que la Reyna la escogia para confiarle á Charny, cuando no la era posible retenerlo á su lado?

—No; basta ya de cobarde debilidad, basta de transacciones para esta alma estóica. La vida con el amor y la preferencia, el cláustro con el amor y el orgullo herido.

—Jamás! jamás! se repetia interiormente la orgullosa Andrea: el que yo amo en la oscuridad, el que no es para mí mas que una nube, un retrato, un recuerdo, ese no me ofende nunca, me sonrie siempre, y á nadie mas que á mí!

Hé aquí porque la jóven habia pasado tautas noches dolorosas, pero libres: hé aquí porque considerándose dichosa con llorar cuando se encontraba débil, y con maldecir cuando se exaltaba, Andrea preferia la

ausencia voluntaria, que le dejaba la integridad de su amor y de su dignidad, á la facultad de ver á un hombre á quien aborrecia, por lo mismo que una fuerza superior le impulsaba á amarle.

Luego, aquellas mudas contemplaciones del amor puro, aquellos elevados éxtasis de los ensueños solitarios, hacian mucho mas agradable la vida de la infortunada jóven que las fiestas brillantes de Versalles, y la necesidad de inclinar la frente ante sus rivales, y el temor de dejar espuesto á la luz del dia el secreto encerrado en su corazon.

Hemos dicho ya que la Reyna habia ido á buscar á Andrea en San Dionisio la noche de San Luis, y que la encontró meditabunda en su celda.

A poco rato de la llegada de María Antonieta, vinieron á avisar á la jóven que la Reyna acababa de llegar, que el capítulo la habia recibido en el locutorio, y que S. M.,

despues de recibir el cumplimiento de las monjas, habia preguntado si se podria hablar á la señorita de Taverney.

¡ Cosa estraña ! no necesitó mas Andrea, cuyo corazon estaba amortiguado por el amor, para estremecerse ante aquel perfume procedente de Versailles, perfume que maldicia aun el dia anterior, y que se iba haciendo mas precioso á medida que se alejaba mas, como todo lo que se evapora, como todo lo que se olvida, precioso, en fin, como el amor !

— La Reyna ! murmuró Andrea; la Reyna en san Dionisio y en busca mia !

— Vamos, pronto, apresuraos á bajar, le contestaron.

Andrea se apresuró en efecto, y echándose sobre los hombros el ancho manto de las religiosas ciñóse con el cordon de lana su traje flotante, y sin dirigir ni una

mirada siquiera á su espejo, siguió á la tornera que habia ido á buscarla.

Mas, escasamente habria andado unos cien pasos, cuando sintiéndose humillada del gozo que acababa de manifestar, dijo:

—¿Por qué ha experimentado mi corazon tanto regocijo? ¿Qué le importa á Andrea de Taverney que la Reyna venga ó no á visitar el monasterio de San Dionisio? ¿Será orgullo? La Reyna no ha venido por mí al convento. ¿Será felicidad? ya no amo á la Reyna.

¡Vamos, calma! ¡mala religiosa, que no perteneces ni á Dios ni al mundo, y procura, en cambio pertenecerte á tí misma.

Andrea iba reprendiéndose de este modo mientras bajaba las gradas de la escalera, y como dueña de su voluntad, consiguió extinguir sobre sus megillas el carmin fugitivo de la precipitacion, modificando la rapi-

déz de sus movimientos: para mejor obtenerlo, acabó de bajar los escalones últimos mucho mas despacio que los primeros.

Cuando llegó al tras-coro y al locutorio de ceremonia, en el cual el brillo de las antorchas y de los cirios era mucho mayor en manos de algunas hermanas diligentes, Andrea estaba pálida y fria.

Cuando oyó su nombre pronunciado por la tornera, que la precedia, y cuando vió á Maria Antonietta sentada en el sillón abacial, la jóven se vió acometida por unas palpitaciones violentas que suspendieron su marcha por espacio de algunos segundos.

—Ah! venid, venid, amiga mia, dijo la Reyna; acercaos para que yo os hable.

Andrea se aproximó, inclinando la cabeza respetuosamente.

—Con vuestro permiso..., exclamó la Reyna, volviéndose hácia la

abadesa.

Esta comprendió perfectamente, y haciendo una reverencia profunda salió del locutorio, seguida de las demás religiosas.

Maria Antonieta quedó sola con Andrea, cuyo corazón latía tan fuerte, que hubieran podido oírse sus palpitaciones á no ser por el ruido, mas lento producido por la péndola del antiquísimo reloj.

UN CORAZON MUERTO.

La Reyna comenzó, según estaba en el orden, la conversacion.

—Bienvenida seais, señorita, dijo la Reyna sonriéndose. ¿Sabeis que me causais una singular impresion al veros vestida de religiosa?

Nada respondió Andrea.

—Ver á una antigua compañera, continuó la Reyna, perdida para el mundo, en medio del cual vivimos

nosotras todavía, equivale á un severo consejo que nos da la tumba. Por ventura, señorita, ¿no sois de mi opinion.

—Señora, respondió Andrea; quién podrá aventurarse á dar consejos á V. M.

La muerte misma procede con los reyes como con los demas mortales, si bien los sufrimientos con que se anuncia suelen ser menos acerbos.

—¿Cómo es eso?

—Porque, señora, una Reyna está destinada, por su elevacion misma, á no sufrir en este mundo mas que las necesidades inevitables. Tiene todo cuanto puede dulcificar su existencia; y si otros disponen de medios con que embellecer su vida, la Reyna no tiene mas que pedirlos.

La Reyna hizo un movimiento de sorpresa.

—Y es un derecho, añadió Andrea. Lo que poseen los demás; ho-

nor, bienes y la vida, pertenecen á los soberanos, y por consiguiente la Reyna puede disponer de ellos.

—Vuestras doctrinas me admiran, dijo lentamente la Reyna. Haceis de una soberana una especie de tirano de la fábula, que devora la fortuna y la felicidad de los ciudadanos. ¿Creís que yo sea esta muger? ¿Habeís tenido algun motivo justo de quejaros de mí, durante vuestra permanencia en la corte?

—V. M., tuvo la bondad de hacerme la misma pregunta cuando salí de su servicio, replicó Andrea, y entonces respondí lo mismo que ahora respondo: No señora.

—Pero acontece algunas veces, repuso la Reyna, que nos agravian cosas que no nos atañen directamente. ¿He perjudicado á alguno de vuestros parientes para merecer las palabras duras que me habeis dirigido? Andrea, el retiro donde estais es un asilo contra las malas

pasiones del mundo. Dios nos enseña la dulzura, la moderacion, el perdon de las injurias, de cuyas virtudes es él perfecto modelo. ¿Deberé encontrar, al ver á una hermana de Jesucristo, una frente severa y palabras de hiel? ¿Deberé, al tropezar con una amiga, encontrar las reconvenciones ó la encubierta animosidad de una irreconciliable enemiga?

Andrea levantó los ojos aturdida de la placidez con que María Antonieta la trataba, tanto mas cuanto que era para con sus criadas altanera y violenta.

Por consiguiente, oír sin irritarse las palabras que Andrea habia pronunciado, era un esfuerzo de paciencia y amistad, que enterneció á la solitaria.

—Vuestra Magestad sabe bien, dijo esta en tono mas bajo, que los Taverney no pueden ser sus enemigos.

—Comprendo, replicó la Reyna, que no me perdoneis el haber tratado con frialdad á vuestro hermano, y tal vez él mismo me acuse de ligera y aun de caprichosa.

—Mi hermano, dijo Andrea, esforzándose por conservar un tono seco, es un súbdito demasiado respetuoso para acusar á la Reyna.

S. M. vió claramente que si proseguia empleando términos amables y melosos, el cancerbero su interlocutor concebiria sospechas, y asi se detuvo en su camino.

—De todos modos es un hecho, dijo, que al venir á San Dionisio no he traído mas objeto que veros y aseguraros que presente ó ausente soy siempre vuestra amiga.

Andrea distinguió al punto que la Reyna habia variado de tono, y temerosa de haber ofendido á quien tanto la acariciaba, creyó haber descubierto su dolorosa llaga al ojo siempre perspicaz de una muger.

—Vuestra Magestad me colma de honor y alegría, replicó tristemente.

—No habéis así, Andrea, replicó la Reyna apretándola la mano, pues me rasgáis el corazón. ¡Pues qué, ¿se diría que una miserable Reyna no puede disponer de un alma, ni reposar con confianza su vista sobre ojos encantadores como los vuestros, sin escitar interés ó resentimientos? Si, si, Andrea, escitad la envidia de esas Reynas, de esas señoras de vidas y haciendas. ¡Oh! si, verdad es que ellas son Reynas, verdad es que son dueñas de vidas y haciendas; pero del corazón, nunca! ¡nunca! Ellas no pueden tomarlo, y es preciso que se lo den.

—Os aseguro, señora, dijo Andrea, conmovida por esta acalorada alocucion, que he amado á V. M., tanto como puedo amar en este mundo.

Y al pronunciar estas palabras se sonrojó y bajó la cabeza.

— ¡ Me habeis amado.....! exclamó tomando al pie de la letra las palabras que acababa de oír. Luego ¿ ya no me amais ?

— ¡ Oh señora!

— Nada os pido, Andrea... Maldito sea el claustro que tan pronto apaga los recuerdos en ciertos corazones.

— No acuseis mi corazón, respondió vivamente Andrea. Está muerto.

— ¡ Vuestro corazón muerto! Vos, Andrea, jóven, bella, vos decís que vuestro corazón está muerto. ¡ Ah! no juguéis con palabras tan fúnebres. No puede tener muerto el corazón quien conserva esa hermosura, esa sonrisa. Por Dios no digais eso.

— Os lo repito, señora. Nada hay para mí en la corte ni en el mundo. Aquí vivo como la yerba y la planta; disfruto de goces que yo sola comprendo, y hé aquí por que

al volver á veros espléndida y soberana, yo tímida, oscura y religiosa, no he comprendido lo que tenia delante de mí; vuestro esplendor ha ofuscado mi vista; así, pues, os suplico que me perdoneis. No es un grande crimen el olvido de las variedades del mundo, y mi confesor suele darme por ello el parabien. Os ruego, señora, que no seais para conmigo mas severa que él.

—Luego estais contenta en el convento?

—Me creo dichosa haciendo vida solitaria.

—¿Ningun recuerdo despierta en vos el desco de los goces mundanos?

—Ninguno.

—¡Dios mio! exclamó la Reyna. ¿Saldré mal en mi empeño? Y al pensar esto, un estremecimiento mortal se apoderó de ella.

Ensayemos, y si este recurso

no me sale bien acudiré á la súplica. ¡Oh! suplicarle.... pedirle que acepte á Mr. de Charny... ¡Dios mio! ¡Hasta tal punto llega mi desgracia!

— Andrea, repuso Maria Antonietta dominando su emocion, acabais de espresar vuestra satisfaccion en términos que me quitan la esperanza que habia concebido.

— ¿Qué esperanza, señora!

— Si es que estais resuelta, como acabais de decirme, no hablemos mas de esto. ¡Ay de mí! habia concebido una sombra de placer y se ha disipado. ¿Pero no es sombra todo cuanto me rodea?.. No hablemos mas...

— Mas en fin, señora, puesto que esperábais encontrar una satisfaccion, esplicaos.

— ¿Para qué? ¿No es verdad que os habeis retirado del mundo?

— Si señora.

— ¿Con toda decision?

—Decidida.

—¿Y estais contenta con lo que habeis hecho?

—Cada dia mas.

—Pues entonces, es supérfluo que continuemos nuestra conversacion. Sin embargo, pongo á Dios por testigo de que he creido por un momento haceros dichosa.

—¿A mí?

—Si, á vos, ingrata, que me acusabais..... Pero puesto que teneis otros goces y que conocéis mejor que yo vuestros gustos y vuestra vocacion, renuncio...

—Hacedme, en fin, señora, el honor de darme algun pormenor.

—¡Oh! muy sencillo; queria volveros á la corte.

—¿Yo volver á la corte? exclamó Andrea con sonrisa llena de amargura. ¡Dios mio!.. No, no, señora. Por grande que sea el sacrificio que hago en desobedecer á V. M. jamás volveré á la corte.

Al oír á Andrea, quedó la Reyna yerta de terror: una aguda saeta que hubiese traspasado su corazón, no la habria causado tanto dolor y angustia.

—¿Conque os negais á volver á la corte? dijo al fin cubriéndose el rostro con las manos para ocultar su turbacion.

Creyendo Andrea que no habia contestado cual correspondia, se arrodilló ante la Reyna para atenuar así algun tanto la herida que acababa de hacer á la amistad y al orgullo.

—Veamos, dijo en seguida, qué quereis hacer en la corte de esta muger desgraciada, nula, pobre y aun maldita; de esta miserable que solo ha sabido inspirar á las mugeres la vulgar inquietud de las rivalidades, á los hombres la vulgar simpatía de la diferencia de sexos. ¡Ah! dejadme, señora, dejadme en este religioso asilo, donde encuen-

tran un refugio los enfermos del cuerpo y del corazon: ni aun en él tal vez me aceptará Dios; tantos son mis defectos: dejadme, os lo suplico, dejadme en mi miseria y en mi aislamiento.

—Muy bien, dijo la Reyna; pero el estado que venia á proponeros destruiria instantáneamente todas esas humillaciones de que os quejáis, creo que sin razon. El matrimonio de que se trata haria á la señorita de Taverney una de las señoras mas ricas y nobles de la Francia.

— ¡Un matrimonio! exclamó Andrea con la mayor sorpresa y en tono despreciativo.

— ¿Rehusais? dijo la Reyna algun tanto alterada.

— Sí, sí, rehuso, rehuso.

— ¿Decididamente? añadió la Reyna con acento casi de súplica.

— Sí, sí, decididamente, señora, rehuso, rehuso.

María Antonieta se levantó entonces, procurando en vano ocultar su turbacion, á pesar de los extraordinarios esfuerzos que hacia para aparecer tranquila y no resentida por tan terminante negativa. Se disponia á partir indecisa, trémula, considerándose perdida y sin poder pronunciar ni una palabra mas, cuando deteniéndola Andrea le dijo:

—Al menos, señora, dignaos concederme la gracia de nombrar al hombre que me aceptaria por esposa. He sufrido en este mundo tantas humillaciones, que tal vez el nombre de ese hombre generoso....

Y sin concluir la frase, vagó por sus labios una sonrisa irónica y amarga. Despues añadió:

—¿Seria ese nombre el bálsamo con que podia cicatrizar todas mis heridas del orgullo?

La Reyna vacilaba en contestar, pero tenia necesidad de hacerlo.

—M. de Charney, dijo al fin con tono indiferente.

—M. de Charney! exclamó Andrea con una esplosion espantosa y sin poder ocultar su extraordinaria agitacion; M. Oliverio de Charney! repitió.

—Sí, dijo la Reyna mirando con sorpresa á la jóven, M. Oliverio Charney.

—¿El sobrino de Mr. de Suffren? continuó Andrea con un gozo indecible, y con una mirada radiante de felicidad.

—El sobrino de Mr. de Suffren, contestó María Antonieta cada vez mas sorprendida de la extraordinaria y repentina transformacion de Andrea.

—Y es con M. Oliverio con quien quereis que me case?

—Sí, con M. Oliverio.

—Y..... consiente él?

—Ha pedido vuestra mano.

—¡Oh! acepto, acepto, dijo Andrea en un transporte de delirante

gozo. ¡ Me ama entonces, me ama como yo le amo!

La Reyna palideció y ahogó trémula y convulsa un suspiro desgarrador; cayó sin fuerzas en un sillón, en tanto que la insensata Andrea le estrechaba las rodillas, bañaba sus manos con abundantes lágrimas, y cubria su vestido de ardientes besos.

—Cuándo partimos, preguntó al fin con voz trémula y anhelante.

—Venid, murmuró la Reyna que se sentia desfallecer, y queria salvar su honra antes de morir.

Se levantó y tuvo necesidad de apoyarse en Andrea para no caer; y mientras esta se disponia para la marcha.

—Basta, Dios mio! demasiado sufrimiento es este para un solo corazón! dijo con el mayor dolor y angustia la desgraciada soberana, poseedora de la vida y el honor de treinta millones de súbditos.

—Debo, sin embargo, daros las gracias, Dios mio, añadió; porque habeis librado á mis hijos del oprobio y la deshonor, y me dais el derecho de morir cubierta con mi manto real!

EN QUE SE ESPLICAN LAS CAUSAS POR
QUÉ ENGORDABA EL BARON.

Mientras que la Rèyna decidia en San Dionisio la suerte de la señorita de Taverney, Felipe, con el corazon despedazado por todo lo que habia sabido, por todo lo que acababa de descubrir, apresuraba los preparativos de marcha.

Un soldado acostumbrado á viajar no tarda mucho en disponer sus cosas para este objeto; pero Felipe tenia motivos mas apremiantes que

otro alguno para alejarse de Versailles: no queria ser testigo del deshonor probable y próximo de la Reyna, que era su única pasion.

Así se le vió disponer con mas actividad que nunca que se ensillasen sus caballos, se arreglasen sus armas y se metiesen en sus fardos todos los efectos necesarios para la vida á que pensaba acostumbrarse. Despues de haber concluido todo esto, hizo prevenir á su padre, el baron de Taverney, que deseaba hablarle.

El anciano volvía de Versailles sacudiendo lo mejor que podia sus delgadas piernas, que sustentaban un vientre que empezaba á redondearse. Hacia ya tres o cuatro meses que el baron iba engordando, lo cual le inspiraba cierto orgullo, fácil de comprender, si se considera que el colmo de la obesidad revelaba en él la prueba palpable de una satisfaccion perfecta.

La perfecta satisfaccion de Mr. de Taverney es una frase que encierra muchos sentidos.

Volvia, pues, el baron muy contento de su paseo hasta el palacio, porque habia hecho su acopio durante la tarde de todo el escándalo del dia. Habia sonreido á Mr. de Breteuil contra Mr. de Rohan; á los señores de Soubise y de Guemené contra Mr. de Breteuil; á Mr. de Provenza contra la Reyna; á Mr. Dartois contra Mr. de Provenza; á cien personas contra otras ciento, pero á ninguna en favor de otra, pues siempre tenia preparada su provision de maldades y pequeñas infamias.

Cuando supo por su criado que su hijo deseaba hablarle, en vez de aguardar la visita de Felipe, atravesó una meseta para ir á ver al viajero.

Entró, sin hacerse anunciar, en el cuarto, que por su desorden ma-

nifestaba el desarreglo que precede á una marcha.

Felipe no esperaba, cuando su padre se enterase de aquella resolución, grandes pruebas de sensibilidad por su parte; mas tampoco creía que se mostrase demasiado indiferente. En efecto, Andrea habia abandonado ya la casa paterna, lo cual constituia una existencia menos para sufrir los tormentos del baron: este debia conocer ya el vacío que le proporcionaba la ausencia de su hija, y cuando la del último mártir lo completase, Mr. de Taverney, semejante á los muchachos, á quienes se les quita un perro ó un pájaro no dejaria de gimotear, aunque solo fuese por egoismo.

Pero Felipe no pudo menos de asombrarse, cuando oyó esclamar al baron en tono de chanza:

— ¡ Ah ! ¡ Dios mio ! ¡ Se marcha !
¡ Se marcha !

Felipe miró á su padre, y este

añadió :

— Estaba seguro de ello , y hubiera apostado.... Bien calculado, Felipe , bien calculado.

— ¿ Qué decis ? le preguntó el joven. ¿ Qué quiere dar á entender eso de bien calculado ?

El viejo empezó á moverse sobre una pierna, sosteniendo con ambas manos su vientre. Al mismo tiempo hizo á Felipe una multitud de señas con los ojos , para que despidiese á su ayuda de cámara.

El joven las comprendió y obedeció á su padre : este empujó á Champagne y cerró la puerta detrás de él. Volviéndose en seguida hácia su hijo , le dijo en voz baja :

— ¡ Eso es admirable ! ¡ Admirable !

— Me prodigais elogios , señor , respondió Felipe con frialdad , sin que yo sepa por qué los merezco.

— ¡ Ah ! ¡ Ah ! ¡ Ah ! repuso el viejo mofándose.

—A menos que no os ponga alegre mi marcha, que al fin, os desembaraza de mí.

— ¡Oh ! ¡ Oh ! ¡ Oh ! prosiguió el baron riéndose en otro tono. Vamos; la cosa no merece la pena de que te hagas violencia delante de mí, pues ya sabes que no me engañas... ¡ Ah !!!

Felipe se cruzó de brazos, preguntándose si su padre habia perdido el juicio.

— ¡ Engañaros ! le dijo al fin. ¿ Con qué ?

— ¡ Con tu marcha ! ¡ Pardies ! ¿ Te figuras que yo creo en ese viaje ?

— ¿ Qué no creéis ?

— Te repito que ya no está aquí Champagne, y por consiguiente no hay que hacerse el disimulado. Por otra parte era el único partido que podias tomar y lo tomas, haces muy bien.

— Me sorprendeis, señor, de tal modo....

— Sí ; es sorprendente el que yo

haya adivinado todo eso. ¿Pero qué quieres, Felipe? Yo soy el hombre mas curioso del mundo, y como soy curioso, trato de averiguar: tampoco hay hombre mas feliz que yo cuando averiguo, y asi es que he averiguado que siges ese viaje, y te felicito por ello.

— ¡Que finjo el viaje! esclamo Felipe fuera de sí.

—El viejo se acercó á él, tocó el pecho del jóven con sus dedos huesosos como los de un esqueleto, y le dijo confidencialmente.

—Creo bajo mi palabra de honor que, sin ese expediente, todo se descubriría. Obras, pues, á tiempo, porque tal vez mañana sería tarde. Vete, vete, hijo mio, cuanto antes.

—Señor, replicó Felipe con helado acento, os aseguro que no comprendo nada de todo cuanto me deis.

—¿En dónde ocultarás tus caba-

llos ? prosiguió el baron , sin contestar directamente. Tienes una yegua que todos conocen y debes cuidar que no la vean por aqui , mientras te creen en.... A propósito, ¿ á dónde finges ir ?

— Me dirijo á Taverney Casa-Roja.

— Bien.... muy bien.... Finges ir á Casa-Roja.... De este modo nadie sospechará.... Perfectamente.... Sobre todo , mucha prudencia , porque hay ojos clavados en vosotros dos.

— ¡ En nosotros dos !

— *Ella* es impetuosa y tiene arranques capaces de echarlo todo á perder. Cuidado , repito : es preciso que seas mas razonable que ella.

— Pienso , en verdad , dijo Felipe con sombría cólera , que os estais divirtiendo á mi costa , lo que no es caritativo ni conveniente , porque , segun la disposicion de ánimo en que me hallo , me esponéis á que os falte al respeto.

— ¡ Al respeto ! Vaya , estás dis-

pensado; tú tienes bastante edad para conducir nuestros negocios, y lo haces tan bien, que yo soy quien debe respetarte. Vamos, déjame las señas para que pueda avisarte si ocurre alguna novedad urgente.

—A Taverney, señor, contestó Felipe, creyendo que al fin su padre recobraba la razón.

—¡Buena está la salida! ¡A Taverney! ¡A Taverney! ¡A ochenta leguas de distancia! ¿Y te figuras que si tengo que comunicarte una noticia me he de entretener en matar caballos por el camino de Taverney, tan solo por disimular tu escondite? No digo que precisamente me señales tu casita del parque, porque podrían seguir á mis emisarios, ó reconocer la librea; pero puedo dirigirte mis comunicaciones á un cuarto de legua de aquí. Tú tienes imaginación, y ¡qué diablo! el que hace lo que has hecho es hombre de recursos.

— ¡Una casita en el parque! ¡Mis amores! ¡Imaginacion! Estamos jugando á los despropósitos, señor.

— Eres el animal mas discreto que conozco, gritó el padre incomodado; tus reservas me incomodan hasta lo sumo. Cualquiera diria que tienes miedo de que yo te haga traicion.

— ¡Señor! dijo Felipe exasperado.

— Bueno, bueno; guarda tus secretos; á nadie digas, ni aun á mí, que has alquilado una casa en la antigua monteria.

— ¡Yo!

— Guarda el secreto de tus paseos nocturnos entre dos lindas amigas.

— ¡Paseos! murmuró Felipe palideciendo.

— Guarda el secreto de aquellos besos, recibidos entre las flores y el rocío.

— ¡Señor! gritó Felipe furioso de celos. ¿Quereis callar?

-- He sabido todo lo que has hecho; ¿pero te lo he dicho? ¿Has sospechado siquiera que yo lo sabía? Pues eso debiera inspirarte confianza. Tu intimidad con la Reyna; tus empresas favorecidas; tus escursiones en los baños de Apolo..... ¡Dios mio! todo eso constituye nuestra fortuna y nuestra vida. No receles, pues, de mí, Felipe..... Al contrario, confíame.....

- Señor, me horrorizais, exclamó Felipe ocultando el rostro entre las manos.

En efecto horror era lo que experimentaba Felipe hácia el hombre que abria de nuevo sus llagas, y que no contento con eso las sondeaba, con una especie de rabia: horror era lo que sentia hácia el hombre que le atribuia la felicidad de otro, y que creyendo lisonjearle, le estaba asesinando.

Todo lo que aquel padre habia sabido; todo lo que habia adivina-

do; todo lo que los malévolos atribuian á Mr. de Rohan, y los mejor informados á Charny, el baron lo achacaba á su hijo. Para él, la Reyna amaba á Felipe, empujándole poco á poco y en secreto al mas alto grado de favoritismo. Esta era la satisfaccion que hacia engordar el vientre de Mr. de Taverney.

Cuando Felipe descubrió esta nueva infamia, no pudo menos de estremecerse al verse impulsado á ella por el único ser que hubiera debido acompañarle á conservar su honor ileso; pero el golpe habia sido tan violento, que permaneció aturdido y mudo, mientras el baron seguia la broma con mas empeño que antes.

—Mira, le decia; has dado un golpe maestro, haciendo perder la pista á todo el mundo. Hoy me han asegurado mas de cincuenta que es Mr. de Rohan; mas de cien, que que es Charny; mas de doscientos,

que son ambos; pero ninguno he oído decir que es Taverney. Te repito que es un golpe maestro, y lo menos que puedo hacer es felicitarte..... Por lo demas, á tí y á ella os hace honor el lance; á ella, porque te ha elegido; á tí, porque la has asegurado.

En el momento en que Felipe desesperado aniquilaba con una mirada devoradora al infatigable viejo, presagiándole con ella una tempestad, resonó en el patio el ruido de una carroza, y ciertos rumores, ciertas idas y venidas de un carácter extraño, llamaron la atención de Felipe.

Se oyó gritar á Champagne:

—La señorita..... es la señorita.

Y muchas voces repetieron:

—La señorita.

—¡Cómo la señorita! dijo Taverney. ¿Qué señorita es esa?

—¡Es mi hermana! murmuró Felipe sumamente admirado al ver á

Andrea bajar de la carroza.

— ¡Tu hermana! repitió el viejo. ¡Andrea! ¿Es posible?

Champagne llegó entonces á confirmar lo que habia anunciado Felipe.

— Señorito, dijo á este; la señorita, vuestra hermana, está en el retrete inmediato al salon grande, y os espera para hablaros.

— Vamos á su encuentro, contestó el baron.

— A mí es á quien quiere dirigirse, observó Felipe saludando á su padre: iré, pues, primero yo solo, si os parece.

Al mismo tiempo entró estrepitosamente otra carroza en el patio.

— ¿Quién diablos viene ahí? preguntó el baron. Es dia de venturas.

— El señor conde Oliverio de Charney, dijo anunciando el ayuda de cámara.

— Introducid al señor conde en

el salon, dijo Felipe á Champagne, y el señor baron le recibirá, en tanto que yo voy al retrete á hablar á mi hermana.

Ambos bajaron lentamente la escalera.

—¿Qué vendrá á hacer aqui el conde? se preguntó Felipe.

—¿Qué vendrá á hacer aqui Andrea? pensó el baron.

EL PADRE Y LA DESPOSADA.

El salon del edificio ocupaba el primer cuerpo, esto es, el piso bajo. A la izquierda estaba el retrete con salida á la escalera que, conducia al gabinete particular de Andrea. A la derecha habia otro salon pequeño por el que se iba al grande.

Felipe llegó al retrete, donde le esperaba su hermana, y al en-

trar en el vestíbulo apresuró el paso, para estrechar mas pronto en sus brazos á aquella compañera querida.

No bien abrió la segunda puerta del retrete, cuando Andrea se arrojó á su cuello y le abrazó con una alegría, á la cual hacia mucho tiempo que no estaba acostumbrado aquel triste amante y desgraciado hermano.

— ¡Dios mio! ¿Qué te sucede? preguntó el jóven.

— Una cosa inesperada... ¡Oh! muy inesperada y albagüena, hermano mio.

— ¿Y vienes á anunciármela?

— Vengo para permanecer, exclamó Andrea con un trasporte de felicidad, que convirtió su exclamacion en un grito agudo.

— Mas bajo, mas bajo, hermana mia, dijo Felipe: las paredes de esta casa no están acostumbradas á la alegría, y ademas va á entrar

en el salon una persona que pudiera oírte.

—¿Una persona? ¿Quién es? preguntó Andrea.

—Escucha, contestó Felipe.

—El señor conde de Charny, anunció el ayuda de cámara introduciendo á Oliverio en el salon grande.

— ¡El! ¡él! exclamó Andrea volviendo á acariciar á su hermano. ¡Oh! ya sé á lo que viene.

— ¡Lo sabes!

— ¡Vaya! Lo sé tan bien que no puedo menos de advertir el desorden de mi tocado, y que como preveo va á llegar el momento de que tenga yo que entrar en el salon para oír lo que va á decir Mr. de Charny.....

— ¿Hablas con formalidad, querida Andrea?

— Escucha, Felipe, escucha y deja que suba á mi gabinete. La Reyna me ha traído con demasiada pre-

cipitacion, y voy por lo mismo á ponerme un traje..... ¡Oh! y debe ser un traje de novia.

Pronunció en voz baja la palabra, dió un beso á Felipe, y ligera como un gamo desapareció por la escalera que conducia á su gabinete.

Felipe quedó solo, se arrimó á la puerta de comunicacion entre el retrete y el salon, y escuchó.

El conde de Charny habia entrado ya, y atravesado lentamente el salon.

Mr. de Taverney, padre, se presentó á poco tiempo y saludó al conde con reserva, aunque con estudiada política.

—¿A qué debo el honor, dijo al fin, de esta imprevista visita, señor conde? De cualquier modo, creed que me llena de júbilo.

—Caballero, he venido de ceremonia, como veis, y os pido me escuseis si no me acompaña mi tie

el bailío Mr. de Suffren, como debia suceder.

— ¡Cómo, murmuró el baron; estais escusado, mi querido conde.

— No ignoro que la conveniencia lo exija para la peticion que vengo á haceros.....

— ¿Una peticion? dijo el anciano.

— Tengo el honor, repuso Char-ny dominando su emocion, de pedir la mano de la señorita Andrea de Taverney, vuestra hija.

El baron dió un brinco en su sillón y abrió tamaños ojos.

— ¡Mi hija! exclamó. ¿Me pedís á Andrea en matrimonio?

— Sí, señor baron, á menos que la señorita de Taverney no sienta alguna repugnancia hácia esta union.

— ¡Hola! dijo para sí el baron. ¿Tan grande es ya el favor de Felipe que uno de sus rivales trata de aprovecharse de él casándose con su hermana? Tampoco está mal cal-

culado el golpe, monsieur de Char-ny.

Y añadió en voz alta: sonriéndose:

—El paso que acabais de dar es tan honroso para mi casa, señor conde, que accedo con el mayor placer á vuestra proposicion en lo que de mí depende; y como deseo que lleveis un consentimiento completo, haré avisar á mi hija.

—Caballero, observó el conde con frialdad, creo que vais á incomodaros inútilmente, pues la Reyna ha tenido á bien consultar á la señorita de Taverney en cuanto á eso, y la respuesta de vuestra hija ha sido favorable para mí.

—¡Ah! dijo el baron cada vez mas admirado: ha sido la Reyna...

—Si señor: se ha tomado la incomodidad de ir á San Dionisio.

El baron se levantó diciendo:

—Solo me resta daros á conocer, señor conde, todo lo que concierne

á la situacion de la señorita de Taverney. Poseo los títulos de la fortuna de su madre; pero os prevengo que no vais á casaros con una doncella rica, y así antes de decidir nada.....

—No hablemos de eso, señor baron, replicó Charny con sequedad: soy bastante rico para los dos, y la señorita de Taverney no es de esas mugeres que se regatean. Sin embargo, es indispensable que tratemos por mi cuenta de esa cuestion que deseais ventilar por la vuestra.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando se abrió la puerta del retrete y apareció Felipe, pálido, trastornado, con una mano en el pecho y la otra convulsivamente cerrada.

Charny le saludó ceremoniosamente, y Felipe hizo lo mismo, diciéndole en seguida:

—Caballero, mi padre lleva ra-

zon al proponeros una discusion respecto á las cuentas de nuestra familia, pues debemos haceros presente ciertas reflexiones. Asi, pues, mientras el señor baron sube á su gabinete á buscar los papeles de que ha hablado, yo os enteraré de los pormenores de la cuestion.

Y con una mirada de autoridad, despidió al baron, que salió, aunque con disgusto, presagiando algun contratiempo.

Felipe acompañó á su padre hasta la puerta de salida del salon pequeño, para asegurarse de que no se quedaria en esta pieza. Despues fue á observar al retrete, y seguro ya de no ser oido por la parte exterior, se colocó delante de Charny, y cruzándose de brazos le dijo:

—¿Cómo os atreveis, Mr. de Charny, á venir á pedir la mano de mi hermana?

Oliverio dió un paso atrás y se

ruborizó.

— ¿Lo haceis, prosiguió Felipe, para ocultar mejor vuestros amores con esa muger á quien perseguís, y que os ama, y para que se crea, al veros casado, que no teneis una querida?

— En verdad, caballero..... contestó Charny vacilando, y con el rostro alterado.

— ¿O tal vez, añadió Felipe, para que casándoos con una muger que puede acercarse á la Reyna á todas horas, sea mas fácil ver á esa querida adorada?

— Caballero, traspasais los límites.

— Me parece que será, y creo mas bien esto, dijo Felipe acercándose á Charny, porque siendo yo vuestro euñado, no temereis que revele todo lo que sé de vuestros pasados amores.....

— ¡Lo que sabeis! exclamó Charny asustado: mirad lo que decis....

— Sí, observó Felipe animándose mas y mas; la casa de la Montaña que alquilásteis; vuestros paseos misteriosos en el parque de Versalles durante la noche; las manos entrelazadas; los suspiros y aquel cambio de tiernas miradas en la puerta pequeña del parque.....

— En nombre del cielo, caballero, nada sabeis; decid que nada sabeis.....

— ¿Nada sé? contestó Felipe con sangrienta ironía. ¿Y cómo quereis que nada sepa, cuando me hallaba oculto en la maleza detrás de la puerta de los baños de Apolo, al mismo tiempo que vos salísteis dando el brazo á la Reyna?

Charny dió dos pasos como un hombre herido de muerte que busca un apoyo para no caer, Felipe le miraba con terrible silencio; le dejaba sufrir y expiar en aquel tormento pasajero las horas de inefables delicias que acababa de recor-

darle.

Charny salió al fin de su estu-
por.

—Pues bien, caballero, dijo á Felipe, aun despues de lo que acabais de anunciarme, os pido la mano de la señorita de Taverney. Si yo no fuese mas que un miserable calculador, como habeis supuesto; si tratase de casarme por provecho propio, seria tan miserable que tendria miedo del hombre que posee mi secreto y el de la Reyna. Pero es preciso que la Reyna se salve, caballero: sí..... es preciso.

— ¿Y en qué puede perder á la Reyna, dijo Felipe, el que Mr. de Taverney la haya visto estrechar el brazo de Mr. de Charny, y elevar al cielo sus ojos húmedos de felicidad? ¿En qué está comprometida la Reyna porque yo sepa que os ama? Esa no es una razon para que mi hermana se sacrifique, y no la dejaré sacrificarse.

— ¿Sabeis, respondió Oliverio, por qué está perdida la Reyna si no se verifica este matrimonio? Porque esta mañana, mientras llevaban arrestado á Mr. de Rohan, me ha sorprendido el Rey á los pies de la Reyna.

— ¡Dios mio!

— Porque interrogada la Reyna por el Rey celoso, ha contestado que yo habia ido á pedirle de hinojos la mano de vuestra hermana. He aquí por qué, si no me caso con ella, quedará la Reyna perdida. ¿Lo comprendeis ahora?

Un grito y un suspiro interrumpieron á Oliverio; el primero partió del salon pequeño; el segundo del retrete.

— Oliverio acudió á este y vió á Andrea de Taverney vestida de blanco como una desposada. Todo lo habia oído y acababa de desmayarse.

Felipe corrió al salon pequeño

y se encontró con el cuerpo del baron de Taverney, á quien la revelacion de los amores de Charny y de la Reyna acababa tambien de aniquilar, arruinando todas sus esperanzas.

El baron habia sufrido un accidente de apoplejía, que le hizo lanzar el último suspiro.

La prediccion de Cagliostro se habia cumplido.

Felipe, que comprendió todo, hasta la ignominia de aquella muerte, abandonó silenciosamente el cadáver, y volvió al salon á encontrar á Charny, que contemplaba temblando á la hermosa jóven, fria é inanimada.

Las dos puertas abiertas permitian ver los dos cuerpos, paralela y simétricamente colocados, por decirlo asi, en los respectivos sitios, en los cuales les habia alcanzado el golpe de la revelacion.

Felipe, con los ojos hinchados

y el corazón desecho, tuvo bastante valor para tomar la palabra para decir á Mr. de Charny :

—El señor baron de Taverney acaba de morir; por consiguiente, soy ahora el jefe de la familia. Si sobrevive á ese accidente la señorita de Taverney, será vuestra esposa.

Charny miró horrorizado el cadáver del baron, y con desesperacion el cuerpo de Andrea. Felipe se arrancaba los caballos con ambas manos, y lanzó al cielo una exclamacion que debió conmover al Eterno en su trono.

—Conde de Charny, dijo despues de calmar algun tanto su interior tormento; en nombre de mi hermana, que no me oye, os hago el juramento de que ella sacrificará su felicidad á nuestra Reyna: tal vez seré yo bastante dichoso para poderle sacrificar mi vida. Adios, caballero de Charny; adios, cuñada.

do mio.

Y saludando á Oliverio, que no sabia cómo alejarse de allí sin pasar al lado de una de las dos víctimas, levantó á Andrea estrechándola en sus brazos, y de este modo facilitó la salida del conde, que desapareció por el retrete.

DESPUES DEL DRAGON LA VÍBORA.

Ya es tiempo de que volvamos á ocuparnos de aquellos personajes de nuestra historia, que la necesidad y la intriga de los sucesos que vamos relatando, nos han hecho colocar en segundo término.

Oliva se preparaba á huir por cuenta de Juana, cuando Beau-sire, prevenido á tiempo por un aviso anónimo, é inquieto desde la

desaparicion de Nicolasa, se halló conducido á sus brazos, y la sacó de casa de Cagliostro, mientras Mr. Reteau de Villete esperaba inútilmente en la esquina de la calle de Roi-Doré.

La condesa de La Motte, que se consideraba burlada, puso en campaña á todos sus adictos para encontrar á los felices amantes, cuyo descubrimiento tanto interesaba á Mr. de Crosne.

Ya puede concebirse que mas queria velar por sí misma sobre su secreto, que dejarlo al cuidado de otros, asi como para la buena gestion del negocio que preparaba, era indispensable que no fuese hallada Nicolasa.

Imposible nos es describir las angustias que la asaltaron cuando sus emisarios volvieron diciendo que no se la encontraba.

Al mismo tiempo recibia, aun que permanecia oculta, reiteradas

órdenes para que se presentase ante la Reyna y respondiese de su conducta en el asunto del collar.

Partió de noche disfrazada á Bar-Sur-Aube, en donde tenia una hacienda, y despues de llegar por caminos de travesía, sin haber sido reconocida, tuvo tiempo de examinar su posicion bajo el verdadero punto de vista.

De este modo ganaba dos ó tres dias, en cuentas consigo misma, se tomaba tiempo, y este le prestaba fuerzas para sostener, fortificándose interiormente, el edificio de sus calumnias.

Dos dias de soledad para aquella alma profunda, era una lucha contra el cuerpo y el espíritu: despues de ella, la obediente conciencia no se convertia en instrumento peligroso contra la culpable, pues la sangre se habria acostumbrado á circular en su corazón sin agolparse al rostro para revelar la vergüenza ó la

sorpresa.

La Reyna y el Rey, que la hacian buscar, solo supieron que se habia instalado en Bar-Sur-Aube cuando ella estaba ya preparada á hacer la guerra. Enviaron un espreso para conducirla, y entonces supo ella el arresto del Cardenal.

A otra muger hubiera aniquilado esta vigorosa ofensiva; pero Juana no tenia por qué guardar consideraciones. ¿Qué era en la balanza una cuestion de libertad, en vista de las cuestiones de vida ó muerte que se entablaban todos los dias?

Al saber la prision del Cardenal y el ruido que habia metido María Antonieta, calculó asi:

—La Reyna ha quemado sus naves y no puede volverse atrás. Negándose á transigir con el Cardenal y á pagar á los joyeros, juega envidando el resto. Esto prueba que cuenta sin mí y que no sospecha las

fuerzas que tengo á mi disposicion.

Tal era la fortaleza de Juana, cuando un hombre, mitad exento, mitad mensajero, se presentó de pronto á su vista, anunciando que estaba encargado de *conducirla á la corte*

— El mensajero queria llevarla directamente á presencia del Rey; pero Juana le dijo con su conocida habilidad:

— Supongo, caballero, que amais á la Reyna.

— ¿Dudais de ello, señora condesa? contestó el mensajero.

— Pues bien; en nombre de esa adhesion y del respeto que os inspira la Reyna, os intimo que me lleveis primero á ver á la Reyna.

El oficial opuso algunos reparos.

— Tal vez sabeis mejor que yo de lo que se trata, añadió la condesa, y debeis conocer que es indispensable proporcionarme una conversacion secreta con la Reyna.

Imbuido el mensajero en las calumniosas ideas que infestaban hacia muchos meses el aire de Versalles, creyó realmente que prestaría un servicio á la Reyna, presentándole, antes que al Rey, la condesa de La Motte.

Figúrese el lector ahora el efecto que producirían la ativez, el orgullo y la conciencia de la Reyna en presencia de aquel demonio, á quien no conocía, pero cuya pérfida influencia en sus asuntos sospechaba.

Que se represente á María Antonieta, húrfana inconsolable de su amor, que habia sucumbido al escándalo, aniquilada por la injuria de una acusacion que no podia refutar, y disponiéndose, despues de tantos sufrimientos, á aplastar con su pie la serpiente que la habia mordido.

Desden supremo, colera mal contenida, ódio de muger á muger, sentimiento de una superioridad incom-

parable de posición ; he aquí las armas de las dos adversarias. La Reyna empezó por hacer entrar como testigos á dos de sus damas , que acudieron con la vista inclinada , con los labios apretados y haciendo pausadas y solemnes reverencias : el segundo campeón era un corazón lleno de misterios , una cabeza henchida de ideas y la desesperación por último auxiliar. Apenas hubo visto á las damas la condesa de La Motte , cuando dijo entre dientes :

— Bueno : he ahí dos testigos que pronto serán despedidos.

— ¡ Ah , señora ! exclamó la Reyna. ¡ Por fin estais aquí ! ¿ Por fin os han encontrado ?

Juana se inclinó segunda vez.

— ¿ Con que os ocultábais ? le preguntó la Reyna impaciente.

— ¡ Ocultarme yo ! No , señora , replicó Juana con dulce y poco timbrado acento , como si la emoción producida por la magestad real alte-

rased su ordinario sonido. Si me hubiera ocultado, no me hubieran hallado.

—Sin embargo, habeis huido: llamemos á eso como queráis.

—Es decir que he salido de Paris; es verdad, señora.

—Sin mi permiso....

—Temí que V. M. no me lo concediese para arreglar mis negocios en Bar-Sur-Aube, donde he permanecido seis dias, hasta que una órden me ha hecho venir. Debo decir por otra parte que tampoco me creía tan necesaria á V. M. que me viese obligada á prevenirla que me ausentaba por ocho dias.

—¡ Ah! Teneis razon, señora. ¿ Por qué habeis temido mi negativa? ¿ Qué licencia necesitábais pedirme? ¿ Qué licencia puedo yo daros? ¿ Ocupais por ventura algun puesto en palacio?

Estas palabras encerraban un desprecio profundo. Herida Juana en

lo vivo, pero conteniendo la sangre como el gato montés atravesado por la flecha, contestó humildemente:

—Cierto es, señora, que no ejerzo cargo alguno en la corte; pero V. M. me honraba con una confianza tan preciosa, que yo me consideraba mas adicta por el reconocimiento que otras lo son por el deber.

Juana habia buscado en su imaginacion; encontró la palabra *confianza*, y se apoyo en ella.

—Vamos á arreglar ahora la cuenta de esa confianza, repuso la Reyna, con mas desprecio que en su primer apóstrofe. ¿Habeis visto al Rey?

—No, señora.

—Le vereis.

Juana saludó, y dijo:

—Será grande honor para mí.

La Reyna procuró tranquilizarse para dar principio con ventaja á sus preguntas.

Juana se aprovechó de su silencio para decir:

— ¡Pero, Dios mio! ¡Cuán severa está V. M. conmigo! Estoy temblando.

— Mas temblareis todavía. ¿Sabeis que monsieur de Rohan está en la Bastilla?

— Me lo han dicho, señora.

— Ya adivinareis por qué.....

Juana miró á la Reyna, y volviéndose hácia las damas, cuya presencia parecia estorbarle, respondió:

— No lo sé, señora.

— Sabeis, sin embargo, que me habeis hablado de un collar. ¿No es eso?

— De un collar de diamantes..... En efecto, señora.

— Y que me habeis propuesto de parte del Cardenal un medio de pagar dicho collar.

— Es cierto.

— ¿He aceptado ó no ese me-

dio ?

—V. M. lo ha rehusado.

— ¡Ah! exclamó la Reyna con cierta satisfaccion mezclada de sorpresa.

—V. M. ha cedido tambien una indemnizacion de doscientas mil libras, añadió Juana.

—Bien..... ¿Y despues ?

—Despues, no pudiendo pagar V. M. porque Mr. de Calonne no habia podido proporcionarle la cantidad necesaria, devolvió el estuche á los joyeros Bøhemer y Bossange.

—¿Quién lo llevó ?

—Yo.

—¿Y qué hicisteis de él ?

—Yo, contestó Juana que cono-
cia el valor de las palabras que iba
á pronunciar, entregué los diamantes
al señor Cardenal.

— ¡Al señor Cardenal! exclamó
la Reyna. ¿Y por qué se lo dís-
teis, en vez de devolverlos á los
joyeros ?

— Señora, porque habiéndose interesado monsieur de Rohan en ese asunto que agradaba á V. M., hubiera creído ofenderle si no le proporcionaba la ocasion de terminarlo por sí mismo.

— Pero ¿ cómo es que conseguís-
teis un recibo de los joyeros?

— Porque Mr. de Rohan me lo envió.

— Pero, ¿ y la carta que remitís-
teis como si fuese mia?

— Mr. de Rohan me pidió que la enviase,

— ¿ Con que es decir que en to-
do y para todo se ha mezclado aqui
Mr. de Rohan? exclamó la Reyna.

— Ignoro lo que V. M. quiere
decir, replicó Juana con aire dis-
traido, ni en qué se ha mezclado
Mr. de Rohan.

— Digo que el recibo de los jo-
yeros que me enviásteis, es falso.

— ¡ Falso! repuso Juana. ¡ Oh,
señora!

—Digo que la pretendida carta de aceptacion del collar, firmada por mí, segun dicen, es falsa.

— ¡Oh!!! exclamó Juana, mas admirada al parecer que la vez primera.

—Digo, en fin, prosiguió la Reyna, que es preciso carearos con Mr. de Rohan, para que se aclare este asunto.

— ¡Carearme! ¿Y qué necesidad hay de eso, señora?

—El mismo lo ha pedido.

— ¡El!

—Como que os ha hecho buscar por todas partes.

—Pero, señora, eso es imposible.

—Quiere probaros, segun dice, que le habeis engañado.

— ¡Oh! señora, para eso pido yo tambien un careo.

—Podeis creer que se verificará. De modo, que negais saber el paradero del collar?

— Terminantemente.

— ¿Negais haber ayudado al señor Cardenal en ciertas intrigas?..

— V. M. tiene el derecho de hacerme perder su gracia, mas no el de ofenderme. Señora, soy una Valois.

— El Cardenal ha sostenido calumnias delante del Rey, las cuales espera hacer estribar en buenas bases.

— No entiendo á V. M.

— El Cardenal ha declarado que me ha escrito.

Juana miró á la Reyna y no contestó.

— ¿Me habeis oido? preguntó María Antonieta.

— ¿Y qué respondeis?

— Responderé cuando se me ca-ree con el señor Cardenal.

— Pero si sabeis la verdad, ayudadme antes que llegue ese caso.

— La verdad es que V. M. me abrumba sin objeto, y me maltrata

sin razon.

—Eso no es contestar.

—No puedo decir mas.

Y Juana volvió á mirar á las dos damas.

La Reyna comprendió su pensamiento; pero no cedió, pues el respeto humano pudo mas en ella que la curiosidad. Las reticencias de Juana, su actitud humilde é insolente á la par, revelaban la seguridad que resulta de un secreto adquirido, secreto que la Reyna hubiera comprado por medio de su complacencia.

Pero rechazó esta idea como indigna de ella.

—Mr. de Rohan está en la Bastilla por haber querido hablar demasiado, dijo María Antonieta; cuidado, señora, con incurrir en la misma pena por querer callar.

Juana se clavó las uñas en las manos, pero se sonrió diciendo:

—Nada importa la persecucion pa-

ra una conciencia pura. Me convencerá la Bastilla de un crimen que no he cometido?

La Reyna miró á Juana con ojos centellantes.

— ¿Hablares? la preguntó.

— Nada tengo que decir, señora, como no sea á V. M.

— ¿Pues no es á mí á quien hablaes?

— No estais sola.

— ¡Ah! exclamó la Reyna; no digais mas... quereis tener las puertas cerradas..... temeis el escándalo de la opinion pública, despues que han sido públicas las sospechas que habeis hecho recaer sobre mí.....

Juana urguió la frente.

— Hemos concluido, añadió la Reyna; lo que he hecho era por vos. ¡Qué insolencia!

— Sufro respetuosamente las injurias de mi Reyna, dijo Juana sin mudar de color.

— Esta noche dormireis en la Bastilla, condesa de La Motte.

— Muy bien, señora; pero antes de acostarme pediré á Dios, que conserve el honor y el contento de V. M.; replicó la acusada.

Levantóse furiosa la Reyna, pasó al aposento inmediato y empujando las puertas con violencia, exclamó :

— Despues de haber vencido el dragon, aplastaré la víbora.

— Ya conozco las cartas con que juega, pensó Juana, y creo que tengo ganada la partida.

**CÓMO SUCEDIÓ QUE CREYENDO MR. DE
BEALSIRE CAZAR LIEBRES, FUE CAZA-
DO ÉL MISMO POR LOS AGENTES DE
MR. DE CROSNE.**

La condesa de La Motte fue encarcelada, como se lo habia dicho la Reyna; y ninguna compensacion fue tan agradable como esta para el Rey, que aborrecia instintivamente á aquella muger. El proceso sobre el robo de los diamantes se instruyó con toda la celeridad

que convenia á unos mercaderes arruinados que esperan salir de apuros, á unos acusados que desean aparecer inocentes, y á unos jueces populares, que tienen en sus manos el honor y la vida de una Reyna, sin contar con el amor propio y el espíritu de partido.

Aquel acontecimiento arrancó un grito en toda la Francia: entonces pudo la Reyna reconocer y contar sus partidarios y sus enemigos.

Desde el instante de su prision pedia con instancia el Cardenal ser careado con la condesa de La Motte, y al fin lo logró. El príncipe vivia en la Bastilla como un gran señor en su casa alquilada: excepto la libertad, nada se le negaba de cuanto apetecia.

El proceso habia tomado desde un principio proporciones mezquinas respecto á la clase de las personas acusadas. Asi todos se admiraban de que á un Rohan se le echase en ca-

ra que hubiese cometido un robo; de modo que los oficiales y el gobernador de la Bastilla manifestaban al Cardenal toda la deferencia y todo el respeto debido á la desgracia, pues para ellos no era un acusado, sino un hombre caído.

Otra cosa fue cuando se esparció el rumor de que Mr. de Rohan era víctima de las intrigas de la corte: no solo inspiró vivas simpatías, sino hasta entusiasmo.

Y Mr. de Rohan, uno de los primeros entre los nobles del reyno, no conocia que el pueblo le manifestaba cariño tan solo porque era perseguido por otro mas noble que él. Mr. de Rohan, última víctima del despotismo, era de hecho uno de los primeros revolucionarios de Francia.

Su careo con la condesa de La Motte se señaló por un incidente notable. La última, á quien se permitió hablar en voz baja siempre

que se tratase de la Reyna, pudo decir al Cardenal:

—Que se retiren de aqui todos, y os haré todas las aclaraciones que deseais.

En vista de esto solicitó Mr. de Rohan que le dejasen solo con ella, á fin de interrogarla en voz baja.

—Negáronselo, pero permitieron que su abogado hablase con la condesa.

Respecto al collar, respondió esta que ignoraba su paradero, pero que bien hubieran podido dárselo á ella.

Y notando que el abogado se indignaba de tanta audacia, le preguntó á ella si el servicio que habia prestado á la Reyna y al Cardenal no valia un millon.

El abogado repitió aquellas palabras al Cardenal, quien palideció al escucharlas, inclinó la frente, y adivinó que habia caido en un lazo tendido por tan infernal muger.

Pero si él pensaba apagar el ruido de aquel asunto que perdía á la Reyna, sus amigos y enemigos le impelían para que no cerrase las hostilidades.

Le hacían presente que su honor estaba puesto en duda; que se trataba de un robo, y que sin una sentencia del parlamento á nadie podía probar su inocencia.

Ahora bien, para probarla, era menester descubrir las relaciones del Cardenal con la Reyna; en una palabra, se necesitaba probar el crimen de María Antonieta.

A esto contestó Juana que ella nunca acusaría á la Reyna ni al Cardenal; pero que si se obstinaban en hacerla responsable del collar, obraría por su parte como no quería obrar; esto es, probaría que la Reyna y el Cardenal tenían interés en acusarla de falso testimonio.

Cuando dijeron esto al Cardenal, este príncipe manifestó el mayor

desprecio hácia la muger que hablabá de sacrificarlo de aquel modo. Añadió que comprendia hasta cierto punto la conducta de Juana; pero de ningun modo comprendia la de la Reyna.

Referidas y comentadas á Maria Antonieta estas palabras, la irritaban y en consecuencia quiso que la parte misteriosa del proceso fuese objeto de un interrogatorio particular. Entonces apareció, desarrollado en en su mayor estencion por los calumniadores é inventores de noticias, el gran delito de las entrevistas nocturnas.

Entonces fue cuando se vió amenazada aquella Reyna sin ventura. Juana afirmaba que no sabia de lo que le hablaban, y lo repetia delante de personas adictas á la Reyna; pero en presencia de los amigos del Cardenal no era tan discreta, pues repetia siempre:

— Que me dejen en paz, pues de

lo contrario hablaré.

Estas reticencias, estas consideraciones que parecia guardar, la habian convertido en heroína, y embrollaban de tal modo el proceso, que ningun juez de instruccion se atrevia á proseguir los interrogatorios de la condesa.

¿Fue mas débil ó mas franco el Cardenal? ¿Confió á algun amigo lo que llamaba el secreto de sus amores? No se sabe; no debe creerse, porque el corazon del príncipe era noble y capaz del mayor sacrificio. Pero si fue leal en su silencio, el rumor de su entrevista con la Reyna se divulgó por todas partes. Todo lo que habia dicho el conde de Provenza, todo lo que Charny y Felipe sabian ó habian visto, todos aquellos arcanos impenetrables para quien no fuese un pretendiente, como el hermano del Rey, ó para los que no se considerasen rivales, como Felipe y Charny; to-

dos los misterios de aquellos amores, tan calumniados y tan castos, se evaporaron como el humo, y confundiéndose en la atmósfera vulgar, perdieron el ilustre aroma de su origen.

No es menester consignar que la Reyna encontró decididos defensores, y Mr. de Rohan celosos partidarios.

La cuestion no era ya: ¿Ha robado, ó no, la Reyna un collar de diamantes?

Cuestion bastante deshonrosa en sí misma, pero que no bastaba.

La cuestion era: ¿Ha dejado robar la Reyua el collar á alguna persona que habia penetrado el secreto de sus adúlteros amores?

Hé aqui cómo habia conseguido la condesa de La Motte que se hiciese la dificultad: he aqui cómo se encontraba la Reyna comprometida en un laberinto, sin mas salida que el deshonor.

No se dejó abatir sin embargo, y resolvió luchar sostenida por el Rey.

El ministerio tambien la apoyó con todas sus fuerzas. Por otra parte recordó la Reyna que Mr. de Rohan era un hombre honrado, incapaz de empeñarse en perder á una muger: asimismo se acordó de la seguridad y firmeza que habia manifestado, cuando juraba que habia sido admitido á las citas en el parque de Versailles.

De aqui concluyó que el Cardenal no era su enemigo directo, y que, como ella, solo tenia en la cuestion un interés inspirado por el honor.

Desde entonces todos los esfuerzos se dirigieron contra la condesa, y se buscó con ahinco la pista del collar perdido.

Aceptando la Reyna el debate sobre la acusacion de adulterio, lanzaba á Juana la terrible acusacion

de robo fraudulento; pues sus antecedentes, su anterior miseria, su repentina elevacion, todo hablaba contra ella; la nobleza no aceptaba á aquella princesa del acaso, y el pueblo no podia defenderla, porque aborrece por instinto á los aventureros, y ni aun les perdona su buena suerte.

Juana conoció que habia dado un mal paso, y que la Reyna, haciendo frente á la acusacion y despreciando el rumor público, comprometia al Cardenal á imitarla; que los dos acabarian por entenderse, y descubrir la verdad, y que aun cuando sucumbiesen, seria tan grande su caida, que aplastarian á la oscura Valois, improvisada princesa de un millon robado, que tampoco tenia á su disposicion para corromper á los jueces.

Un nuevo episodio cambió de repente la faz de las cosas.

Mr. de Beausire y la señorita

Oliva vivian felices y ricos en una casa de campo, cuando el primero, que habia salido cierto dia á cazar, dejando á la segunda ocupada en sus cuidados domésticos, se encontró con dos de los agentes de Mr. de Crosne, que recorrian toda la Francia á fin de encontrar un desenlace para la intriga del collar.

Los dos amantes ignoraban lo que ocurría en París, y solo pensaban en sí mismo. La señorita Oliva engordaba terriblemente, y Mr. de Beausire, en medio de su dicha, habia perdido aquella inquieta curiosidad, signo distintivo de las aves de rapiña y de los hombres de presa, carácter que la naturaleza concede á unos y á otros para su propia conservacion.

Beausire, como hemos dicho, habia salido aquel dia á cazar liebres, y siguiendo una banda de perdices se situó impremeditadamente en el camino, de aqui resul-

tó que buscando cosa distinta de la que hubiera debido buscar, hallase lo que no buscaba.

Tambien los ágentes buscaban á Oliva y encontraron á Beausire. Estos son caprichos ordinarios de la caza.

Uno de los sabuesos era hombre de talento, no bien reconoció á Beausire, cuando, en vez de prenderle brutalmente, lo cual á nada hubiera conducido, formó el proyecto siguiente con su compañero.

— Beausire caza, juego es libre y rico; tal vez lleva cinco ó seis luises en el bolsillo, pero es posible que tenga doscientos ó trescientos en su casa: penetremos en ella y pongámosla á buen recaudo. Beausire, entregado en París, solo nos valdrá cien libras, como todo preso ordinario, y tal vez nos regañarán por ir á ocupar un calabozo con un hombre tan insignificante. Hagamos de Beausire una especulacion personal.

En su consecuencia se pasieron á cazar perdices y liebres, como Mr. de Beausire, sin perderle de vista.

Viendo Beausire que aquellos dos hombres cazaban como él no pudo menos de admirarse, hasta que al fin se incomodó.

Era celoso de sus prerogativas, como todo buen propietario campesino, pero no le gustaban mucho los nuevos conocimientos. Así, pues, en vez de interrogar á los nuevos compañeros que la casualidad le depa- raba, fue á buscar á un guarda que veia y le encargó que preguntase á aquellos hombres por qué cazaban en aquella tierra.

El guarda le contestó que no los conocia, añadiendo que su deseo era privarles de que cazasen allí, fue y así se lo previno; pero aquellos hombres le respondieron que cazaban con su amigo, el caballero que le enviaba.

Así designaban á Beausire: el guarda los condujo á presencia de este á pesar del disgusto que le ocasionaba este careo.

—Mr. de Linville, le dijo el guarda, estos señores dicen que cazan con vos.

— ¡ Conmigo ! exclamó Beausire irritado. ¡ Vaya una gracia !

— ¡ Toma ! le respondió uno de los agentes en voz baja. ¡ Os llamais ahora Linville, mi querido Beausire ?

Este, que con tanto cuidado ocultaba su nombre, se estremeció.

Miró al agente y despues á su compañero con estrañeza ; creyó reconocer vagamente aquellas fisonomías, y á fin de no envenenar las cosas, despidió al guarda, tomando sobre sí la responsabilidad de la caza de aquellos caballeros.

— ¿ Es decir que les conoceis ? preguntó el guarda.

— Si ; acabamos de reconocernos, dijo uno de los agentes.

— Beausire se encontró solo con los dos cazadores, sin atreverse á hablar por no comprometerse.

— Vaya, convidadnos á almorzar, dijo el mas astuto de aquellos.

— Ya.... pero.... en mi casa.... contestó Beausire.

— Creo que no nos dejareis feos, amigo mio.

Beausire habia perdido ya la cabeza, y se dejó conducir sin oponer otro reparo.

Al punto que los agentes divisaron la casa de campo, elogiaron su elegancia, su situacion, sus árboles y su perspectiva, como hombres de gusto. Beausire en realidad habia elegido un sitio encantador para establecer el nido de sus amores.

Era un valle delante de un bosque y cortado por un riachuelo. La casa se elevaba sobre el declive del terreno, y una garita, especie de campanario sin campana, servia á Beausire para dominar la campiña en

los días de spleen, es decir, cuando sus ideas de color de rosa se desvanecían y veía alguaciles en todos los labradores tendidos en sus carretas.

Solo por un lado aparecía visible y risueña aquella vivienda; por los demas se ocultaba entre el bosque y las desigualdades del terreno.

—¡Qué bien puede uno esconderse aquí! le dijo uno de los agentes como admirado.

Beausire tembló al escuchar esta chanza, y entró en su casa acompañado por los ladridos de los perros.

Los agentes le siguieron haciéndole muchas cortesías.

DE COMO LAS TORTOLILLAS FUERON
ENCERRADAS EN LA JAULA.

Al atravesar la puerta del patio, ocurrió á Beausire la idea de meter mucho ruido para prevenir á Oliva que estuviese alerta; porque al fin, aunque ignoraba todo lo relativo al asunto del collar, sabia bastantes cosas en cuanto al suceso del baile de la Opera y al de la cubeta de Mesmer, para temer con fundamento que Oliva se presentase á unos desconocidos.

Obró prudentemente, porque la jóven, que leía á la sazón una novela, recostada en el sofá de su saloncito, oyó ladrar á los perros, miró hácia el patio y vió á Beausire acompañado, lo cual la impidió salirle al encuentro, segun acostumbraba.

Desgraciadamente se hallaban las dos tortolillas entre las garras de buenos buitres. Fué preciso mandar disponer el almuerzo, y un criado demasiado torpe, como buen campesino preguntó dos ó tres veces si debería pedir órdenes á la señora.

Esta palabra hizo aguzar los oídos á los esbirros, que embromaron alegremente á Beausire acerca de aquella escondida dama, cuya compañía era para un ermitaño el verdadero complemento de todas las felicidades que proporcionan la soledad y el dinero.

Beausire dejó que lo embromasen,

mas no enseñó á Oliva.

Sirviéronles un buen almuerzo, que obtuvo los honores de los dos agentes, quienes bebieron fuerte y brindaron muchas veces á la salud de la dama ausente.

Calientes ya las cabezas á los postes, aquellos dignos satélites de la policía creyeron que era un acto inhumano prolongar por mas tiempo el suplicio de su huésped, y por lo tanto comenzaron á hablar acerca del placer que experimentan los buenos amigos al renovar antiguos conocimientos.

Beausire entonces, al mismo tiempo que destapaba un frasco de licor, les preguntó en qué sitio y circunstancias habia podido conocerlos.

- Eramos, dijo uno de ellos, amigos de uno de los que participaron con vos de aquel asunto.... del negocio de la embajada de Portugal.

Beausire perdió el color. Cuando se recuerdan semejantes cosas sienten algunos hombres una cosa semejante al nudo de una cuerda que se enrosca entre los pliegues de su corbata.

— ¡ Ah ! ¡ Es posible ! contestó temblando. Y sin duda venís á pedirme para vuestro amigo....

— No es mala idea, dijo el esbirro á su camarada, y de este modo será la introduccion mas decente. El pedir una restitucion en nombre de un amigo ausente, es un acto moral.

— Y ademas, eso reserva nuestros derechos sobre el resto, replicó el compañero de aquel moralista, con una sonrisa agri-dulce, que hizo estremecer á Beausire desde la cabeza hasta los pies.

— ¿ Qué hay, pues ? les preguntó.

— Hay, mi querido Beausire, que tendríamos mucho gusto en que entregáseis á uno de nosotros la par-

te de nuestro amigo; así como.... unas diez mil libras, si no estoy equivocado.

—Y es lo menos, porque aquí no se habla de los intereses, añadió el camarada positivo.

— Señores, respondió Beausire sofocado por aquella demanda: nadie tiene diez mil libras consigo en una casa de campo.

—Eso ya se comprende y nosotros no exigimos imposibles. ¿Cuanto podeis entregar ahora?

—Solo poseo unos cincuenta ó sesenta luises.

—Empezaremos por tomarlos y daros las gracias por vuestra amabilidad.

—¡Ah! pensó Beausire encantado de aquella fácil avenencia: son buenos muchachos ¿Tendrán por casualidad miedo de mí, como yo lo tengo de ellos? Probemos.

Reflexionó entonces que si aquellos hombres chillaban recio, tan so-

lo conseguirían declararse cómplices suyos, lo cual sería para las autoridades de la provincia malísima recomendación. Concluyó, pues, que se darían por satisfechos, y que guardarían un silencio absoluto.

En su imprudente confianza llegó hasta á arrepentirse de no haber ofrecido treinta luises en vez de sesenta; pero resolvió desembarazarse de sus huéspedes, después de darles aquella cantidad.

Desgraciadamente se hallaban estos muy bien en su casa, disfrutando aquella satisfactoria calma que procura una buena digestión: se mostraron, pues, amables en aquel momento, porque el parecer huraños les hubiera incomodado mucho.

—Este Beausire es un excelente amigo, dijo el positivo al otro; sesenta luises que nos ofrece no son de perder.

—Voy á entregároslos al punto, repuso el huésped asustado al ver

que sus convidados se tomaban aquella familiaridad.

—No hay prisa, contestaron los amigos.

—Sí tal, porque solo pagándoos quedará libre mi conciencia. O es uno delicado, ó no lo es.

Y trató de separarse de ellos para ir á buscar el dinero.

Pero aquellos señores habian adquirido costumbres, que cuando se arraigan con dificultad se pierden: una de ellas era no poder dejar su presa asi que caia en sus manos, del mismo modo que el buen perro de caza nunca abandona la perdiz hasta que la entrega á su amo.

El verdadero corchete es aquel que no pierde de vista la presa, pues no ignorá que la suerte es caprichosa para los cazadores, y que siempre está lejos lo que no se tiene entre manos.

Asi es que al punto comenaron los dos á gritar á un mismo

tiempo.

— ¡Beausire! ¡Mi querido Beausire!

Y le detenian por los faldones.

— ¿Qué se ofrece? les preguntó él.

— ¡Oh! por favor, no nos dejéis ahora, le respondieron, obligándole á sentarse con la mayor política.

— ¿Pero cómo quereis que os entregue el dinero, si no me dejais subir á mi cuarto?

— Os acompañaremos, repuso el positivo con espantosa amabilidad.

— Es que lo tengo.... en el cuarto de mi muger, dijo Beausire.

Esta palabra, que él consideraba como propia para contenerles, fué para los esbirros la chispa que inflamó la pólvora.

Su oculto descontento, (y ya se sabe que al corchete siempre falta algo para darse por satisfecho), tomó una forma, un cuerpo, una razon para manifestarse.

— ¡Ah! esc lamó el primero de lo

agentes. ¿Y por qué escondéis á vuestra muger? En efecto, añadió el segundo. ¿No nos creéis dignos de ser presentados á ella?

—Si supiéseis lo que hacemos por vos, obrarías de otro modo, repuso el primero.

—Y nos darías cuanto pedimos, volvió á decir el otro con el mayor descaro.

—¡Hola, caballero! Parece que levantais mucho el grito, replicó Beausire.

—Queremos ver á tu muger, gritó el positivo.

—Y yo declaro que os voy á plantar en la puerta, exclamó Beausire.

Contestáronle con risotadas que hubieran debido hacerle mas prudente; pero no hizo caso de ellas y se obstinó diciendo:

—Tampoco quiero daros el dinero prometido, y vais á salir de aquí.

Los esbirros se rieron con mas fuerza que la vez primera.

Leausire exclamó temblando de cólera :

—Ya os entiendo; metereis bulla y hablareis; pero de ese modo os perdereis conmigo.

Ellos continuaron riéndose, porque la gracia les pareció excelente; pero no le respondieron.

Beausire pensó asustarlos con un golpe de mano, y se precipitó á la escalera, no como un hombre que va á buscar dinero para pagar, sino como el que trata de empuñar un arma. Los esbirros se levantaron de la mesa, y fieles á su principio, corrieron en pos de Beausire, sobre cuyos hombros posaron sus anchas manos.

Este gritó; al grito se abrió una puerta y apareció una muger asustada y temblando, en el umbral del aposento del primer piso.

Al verla los corchetes soltaron á Beausire y lanzaron un grito de alegría, de triunfo y de exaltacion

salvaje.

Acababan de reconocer á la que tanto se parecia á la Reyna de Francia

Beausire, que los creyó por un momento desarmados por la aparicion de aquella muger, se vió cruelmente desengañado.

El positivo se acercó á la señorita Oliva, y con acento poco galante para su semejanza, la dijo:

—Vamos, vamos; desde este momento estais presa.

—¡Presa! gritó Beausire. ¿Y por qué?

—Porque Mr. de Crosne nos ha dado la orden de prenderla, contestó el otro agente, y nosotros estamos al servicio de Mr. de Crosne.

Un rayo hubiera aniquilado menos á los dos amantes que esta declaracion.

—Esas son las consecuencias de no haberos conducido bien con nosotros, dijo á Beausire el positivo.

El agente no se espresaba con lógica, y su compañero se lo hizo observar replicando:

— Te equivocas, Legrigneux, porque á haber obrado Beausire como debia, nos hubiera presentado á esta señora, y de todos modos la hubiéramos atrapdo.

Beausire habia apoyado entre las manos su frente, y no pensaba que su criada y su criado observaban desde el pie de la escalera aquella escena estraña.

Ocurrióle de pronto una idea risueña que refrescó su mente.

— ¿Es decir que habeis venido á prenderme? preguntó á los esbirros.

— No, contestaron estos cándidamente, la casualidad lo ha hecho todo.

— No importa, podíais arrestarme y me dejábais en libertad por sesenta luises.

— Tampoco; nuestra intencion era

pediros otros sesenta, respondió uno de ellos.

—Y solo tenemos una palabra, añadió el otro; de modo que por ciento veinte lises os dejaremos libre.

—¿Y... á esta señora? murmuró temblando Beausire.

—En cuanto á la señora es distinto, dijo el positivo.

—¿La señorita vale doscientos lises, no es cierto? se apresuró á decir Beausire.

Los agentes volvieron á sus terribles carcajadas, que el pobre amante comprendió demasiado bien.

—Trescientos..... exclamó: cuatrocientos..... mil lises. Sí; os daré mil lises, con tal que la dejéis libre.

Los ojos de Beausire centelleaban mientras hacia estas proposiciones.

—Nada me respondeis, les dijo: no ignorais que tengo dinero y que-reis hacerme pagar; eso es justo.

Os daré dos mil luises, cuarenta mil libras, lo cual constituirá vuestra fortuna; pero dejadla en libertad.

— ¿Con que amas tanto á esa muger? le preguntó el positivo.

Entonces tocó la vez de reir á Beausire, y su risa irónica fue tan espantosa, pintó tan al vivo el desesperado amor que devoraba su corazón herido, que los esbirros se asustaron y trataron de tomar precauciones para evitar la esplosion de la rabia que se leia en los ojos del irritado amante.

Sacó cada uno de ellos dos pistolas, y apoyándolas al pecho de Beausire, dijo el positivo:

— Ni por cien mil escudos te devolveremos esta muger, porque Mr. de Rohan nos dará por ella quinientas mil libras, y la Reyna un millon.

Beausire miró al cielo con una espresion que hubiera enternecido á

cualquiera otra fiera que no fuese un corchete.

—Ea, partamos, dijo el positivo: aqui debeis tener algun carricoche, alguna cosa que ruede: hacedla preparar para esta señora, pues le debeis ese obsequio.

—Y como somos buenos muchachos repuso el otro, no abusaremos. Os conduciremos tambien á vos por llenar las formalidades, pero cuando estemos ya en camino volveremos la vista hácia otro lado, saltareis del carricoche, y por nuestra parte solo notaremos la maniobra cuando os halleis á mil pasos de distancia. Me parece que esto es proceder en regla. ¿Que tal?

—Adonde ella vaya iré yo, pues nunca la abandonaré en este mundo.

—¡Oh! Ni en el otro, añadió Oliva helada de espanto.

—Pues bien, tanto mejor, dijo el positivo: cuantos mas presos llevemos á Mr. de Crosne, mas se ale-

grará.

Un cuarto de hora despues salia de la casa de campo el carricoche con los dos presos, escoltado por los agentes de policia.

FIN DEL TOMO X.

**EL COLLAR
DE LA REYNA.**



X

DE GORRAN

DE LA REYNAL

7

